

SERIE 
Magíster
VOLUMEN 54

*Montalvo:
civilizador
de los bárbaros
ecuatorianos
una relectura
de Las Catilinarias*

Juan Carlos Grijalva



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador



ABYA
YALA



CORPORACIÓN
EDITORIA NACIONAL

Montalvo: civilizador
de los bárbaros ecuatorianos
Una relectura de Las Catilinas

SERIE 
Magíster
VOLUMEN 54

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR

Toledo N22-80 • Teléfonos: (593-2) 255 6405, 322 8031 • Fax: (593-2) 322 8036

Apartado postal: 17-12-569 • Quito, Ecuador

E-mail: uasb@uasb.edu.ec • <http://www.uasb.edu.ec>

EDICIONES ABYA-YALA

Av. 12 de Octubre 1430 y Wilson • Teléfonos: (593-2) 256 2633, 250 6247

Fax: (593-2) 250 6255 • Apartado postal: 17-12-719 • Quito, Ecuador

E-mail: editorial@abyayala.org

CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL

Roca E9-59 y Tamayo • Teléfonos: (593-2) 255 4358, 255 4558

Fax: (593-2) 256 6340 • Apartado postal: 17-12-886 • Quito, Ecuador

E-mail: cen@accessinter.net

Juan Carlos Grijalva

**Montalvo: civilizador
de los bárbaros ecuatorianos**
Una relectura de Las Catilinarías



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador



ABYA
YALA



CORPORACIÓN
EDITORIA NACIONAL

Quito, 2004

Montalvo: civilizador de los bárbaros ecuatorianos

Una relectura de Las Catilinarías

Juan Carlos Grijalva

SERIE 
Magíster
VOLUMEN 54

Primera edición:

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

Ediciones Abya-Yala

Corporación Editora Nacional

Quito, julio 2004

Coordinación editorial:

Quinche Ortiz Crespo

Diseño gráfico y armado:

Jorge Ortega Jiménez

Cubierta:

Raúl Yépez

Impresión:

Impresiones Digitales Abya-Yala,

Isabel La Católica 381, Quito

ISBN: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

9978-19-001-5 (serie)

9978-19-090-2 (número 54)

ISBN: Ediciones Abya-Yala

9978-04-700-X (serie)

9978-22-453-X (número 54)

ISBN: Corporación Editora Nacional

9978-84-250-0 (serie)

9978-84-364-7 (número 54)

Derechos de autor:

Inscripción: 020045

Depósito legal: 002706

Título original: *Civilización y barbarie en Las Catilinarías de Juan Montalvo*

Tesis para la obtención del título de Magíster en Letras

Programa de Maestría en Letras, mención en Estudios de la Cultura, 1997

Autor: *Juan Carlos Grijalva Jiménez*. (Correo e.: jcgrijalva@hotmail.com)

Tutor: *John Beverley*

Código bibliográfico del Centro de Información: T-0042

Contenido

Reconocimientos / 9

Introducción / 11

Capítulo 1

Una perspectiva continental / 15

Capítulo 2

Los ecuatorianos, un pueblo bárbaro / 25

El pueblo somos todos / 26

Triste cosa es el pueblo / 29

Capítulo 3

De las letras y las armas / 35

Capítulo 4

La base social de las tiranías / 47

La barbarie cultural: «chagras», «negros» y «tiranos» / 52

Una caracterización étnica de los tiranos / 57

Capítulo 5

«Nosotras no queremos ser legisladoras» / 61

Conclusiones / 67

Anexos

Séptima Catilinaria: Discurso sobre la ilustración femenina / 69

Métodos e invenciones para quitarles a las mujeres la gana de meterse en lo que no les conviene / 72

Bibliografía / **75**

Universidad Andina Simón Bolívar / **79**

Títulos de la Serie Magíster / **80**

*A Rocío
y a mis padres,
Blanca y Modesto*

Reconocimientos

Quiero dejar aquí mis gracias a todos los que colaboraron a que este trabajo sea más de lo que sin ellos hubiera sido. A John Beverley, maestro y amigo de la Universidad de Pittsburgh, por sus agudas y despiadadas críticas. Al Dr. Jorge Jácome Clavijo, ex director de la Casa de Montalvo en Ambato, a quien le debo agradables y nutridas conversaciones. A Raúl Serrano, literato, por su eficaz ayuda en la búsqueda de materiales. A los historiadores Guadalupe Soasti, por sus sugerencias críticas; y muy especialmente, a Guillermo Bustos Lozano, por haber sido un interlocutor decisivo en la escritura de este trabajo. Merecen también mi gratitud Jorge Ortega, de la Corporación Editora Nacional, por su ayuda en la edición del manuscrito; y en especial, Quince Ortiz, directora de publicaciones, por su paciencia e interés en que esta investigación salga a la luz.

Finalmente, en un lugar destacado, dejo aquí mis más sentidas gracias a la Universidad Andina Simón Bolívar y a su Rector, Dr. Enrique Ayala, por su apoyo y financiamiento durante mis estudios en esta institución.

Introducción

¿Son los ecuatorianos un pueblo bárbaro, un pueblo que merece únicamente el desprecio y el odio, y que vive atemorizado de sus gobiernos corruptos, como afirma Juan Montalvo en *Las Catilnarias*? ¿Cómo puede Montalvo afirmar esto y ser considerado, a la vez, el «maestro» y «defensor del pueblo» indefenso? ¿Cuáles son las limitaciones y el alcance del proyecto romántico-liberal de Montalvo? ¿De qué manera la nación y cultura ecuatoriana actuales han sido herederas de su obra? ¿Es Montalvo todavía, de alguna manera, nuestro contemporáneo? Encuentro que dar respuesta a estas preguntas es la única manera legítima de releer *Las Catilnarias* hoy.

Pero no se trata de desempolvar el cuerpo textual de la obra de Juan Montalvo para intentar responder a las preguntas de quiénes son los ecuatorianos, cuál es su auténtica identidad o pensamiento propio. Lo que propongo aquí es leer a Montalvo desde su *negatividad*, esto es, desde el proyecto paradójico e imposible que arroja su obra literaria y que es a la vez, de una manera sintomática, lo que todavía le queda a la cultura e identidad nacional ecuatoriana como rémora del pasado, como proyecto nacional todavía excluyente y elitista. Aquí leeré a Montalvo desde lo que no hemos dejado de ser oscuramente.

Es en *Las Catilnarias* afirmo, obra escrita desde el auto-destierro y el malhumor de pertenecer a un país tiranizado, donde la *negatividad* de Montalvo cobra mayor dramatismo. Obra de finalidad combativa, *Las Catilnarias* agrupa una docena de pasquines políticos escritos contra las tiranías militares de la segunda mitad del siglo XIX en el Ecuador. El estereotipo de su lectura, que incluye aquel prólogo que Miguel de Unamuno le dedicara a la edición francesa, ha convertido *Las Catilnarias* en un libro de insultos sangrantes y virulentos.¹ Así, no resulta difícil de entender por qué Montalvo ha ingresado

1. Escribe Unamuno: «Cojí *Las Catilnarias* (...) y empecé a devorarlas. Iba desechando líneas; iba desechando literatura erudita; iba esquivando artificio retórico. Iba buscando los insultos tajantes y sangrantes. Los insultos ¡sí! los insultos; los que llevan el alma ardorosa y generosa de Montalvo». «Prólogo», en *Las Catilnarias* de Juan Montalvo, Quito, Libresa, 1990.

a la historia de la literatura nacional ecuatoriana bajo el exótico apelativo de «gran insultador» y combativo polemista de las tiranías de su tiempo.

Pero hay algo más que insultos en este libro. Montalvo se personifica aquí como el civilizador del pueblo e identifica a las tiranías con un estado de barbarie que no es solo política, sino social, cultural e inclusive, gramatical. Es en esta oposición que Montalvo cifra su propia identidad letrada, el magisterio social de su obra, y el mismo destino del pueblo ecuatoriano. Aún más, ha sido también sobre la base de esta oposición que la ideología cívico-patriótica del Estado ha elevado a Montalvo al rango de apóstol del maestro ecuatoriano y justiciero del pueblo indefenso. Una lectura deconstructiva del discurso político-cultural de *Las Catilnarias* revela, sin embargo, que civilización y barbarie no son entidades claramente opuestas, sino que se entremezclan y dependen la una de la otra. Montalvo, al igual que Domingo Faustino Sarmiento, en Argentina, afirma un modelo de civilización mucho más ambivalente y complejo.

Lo que la lectura cívico-patriótica de Montalvo ha desconocido, entonces, son aquellos momentos de indeterminación o aporía en que este «defensor del pueblo» en realidad lo desprecia, y afirma que los ecuatorianos son un pueblo bárbaro. Aún más, en su combate justiciero, Montalvo lucirá lo mejor de su racismo, su beatería gramatical, su catolicismo moralizante y su misoginia política. La concepción romántica de «literatura» y «escritura» de Montalvo esta fatalmente unida a una concepción del poder y el valor cultural que marginaliza o falla en reconocer a significativos sectores de la población, aunque al mismo tiempo pretenda afirmar su representación. El pueblo que Montalvo imaginó defender se revela así, finalmente, como un pueblo soñado, quijotesco.

El presente estudio se divide en cinco partes. La primera parte es una contextualización breve del romanticismo de Montalvo en Latinoamérica. La segunda es una revisión crítica a la idea de «pueblo» en *Las Catilnarias* y la manera paradójica en que Montalvo considera a los ecuatorianos «la más desgraciada de las repúblicas hispanoamericanas». En la tercera parte se define lo que significan, en el combate político de Montalvo, las letras y las armas, así como sus posibles interrelaciones y paradojas. La cuarta parte indaga la complejidad de prejuicios, especialmente raciales y lingüísticos en la representación de la base social que apoya las tiranías. En la parte final, a partir de un discurso que forma parte de *Las Catilnarias*, y que se incluye aquí como anexo, se interroga el imaginario letrado de Montalvo sobre la ilustración y derechos políticos de la mujer.

He intentado mantener el «espíritu» de la investigación inicial, escrita hace varios años atrás, como tesis de maestría en el programa de Letras de la Universidad Andina Simón Bolívar. Ha sido inevitable, sin embargo, reorde-

nar, añadir y quitar en la expectativa de obtener un texto mucho más sólido y polémico. Para finalizar hago público al lector que algunos artículos publicados con anterioridad han servido de base en la re-escritura de los capítulos uno y cuatro, especialmente. «El imaginario étnico de las tiranías en *Las Catilinas* de Juan Montalvo», apareció en *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, No. 17, II semestre 2001, pp. 79-93; «El pensamiento», un balance de la historia de las ideas en el Ecuador desde el siglo XVIII al XX, fue publicado en *Enciclopedia del Ecuador*, Barcelona, MM Océano Editorial S.A., 2000, pp. 635-660.

Indiana, Estados Unidos, 2004.

CAPÍTULO 1

Una perspectiva continental

Juan María Montalvo Fiallos (1833-1889) es una de las figuras capitales del pensamiento romántico en el Ecuador. Aunque habría que mencionar aquí la obra estética, política y social diversa de Juan León Mera (1832-1894), Gabriel García Moreno (1821-1875), Pedro Moncayo (1860-1939), Remigio Crespo Toral (1860-1939), Luis Alfredo Martínez (1869-1909) e inclusive, dentro de un esquema doctrinario diferente y un romanticismo ya difuso, a Elías Laso y Federico González Suárez (1844-1917). El itinerario vital del movimiento romántico ecuatoriano no solo atraviesa distintos períodos históricos, tendencias ideológicas y políticas, sino que resulta difícil distinguir su grado de influencia y especificidad. Algunos críticos han propuesto diferenciar entre un «romanticismo literario» y un «pensamiento romántico», caracterizado por sus preocupaciones sociales. Otros como Arturo Andrés Roig han buscado precisar su «grado» de profundidad como movimiento: sea éste de carácter literario, político o social. Habría, inclusive, la posibilidad, según Rodolfo Agoglia, de distinguir entre un «romanticismo naturalista» y otro más interesado en el «historicismo».

Lo que esta diversidad de grados y tendencias románticas delata, no solo en Ecuador sino en toda Latinoamérica, es el desajuste de su continuidad histórica como «movimiento» con respecto a Europa e inclusive entre los mismos países del continente.¹ Mientras que en Europa el romanticismo surge como una reacción a la sociedad industrial y una afirmación positiva de la naturaleza y el «buen salvaje» rusoniano; en Latinoamérica, por el contrario, su mayor referente es la constitución de las nuevas naciones, entendidas como un proyecto de construcción urbano, letrado y de élite, opuesto a la vida campesina y la presencia de las poblaciones étnicas nativas. La producción romántica latinoamericana expresa mezclas, relaciones nuevas y complejas, que no se sujetan a los tiempos de origen y desarrollo de sus fuentes europeas. Para Javier Sasso, precisamente, la tradicional periodización de las ideas que distingue un «pensamiento romántico» en las historias nacionales no «es ver-

1. Esta tesis ha sido trabajada en profundidad por Arturo Andrés Roig. Véase, por ejemplo, *Esquemas para una historia de la filosofía ecuatoriana*, Quito, PUCE, 1997.

daderamente pertinente o contribuye al esclarecimiento de aquel pasado».² Para Sasso la etiqueta «romanticismo», en abstracto, no puede ser usada sin distorsionar los rasgos más característicos de los autores así considerados.

Esta es precisamente la circunstancia cultural e histórica de un escritor como Montalvo, cuyo romanticismo aparece de manera tardía y problemática. Tardía ya que su admiración por escritores franceses como Víctor Hugo, Alphonse de Lamartine, François René de Chateaubriand o Musset, sucede cuando éstos ya habían dejado de ocupar el centro de atención de la escena europea. Problemática pues su romanticismo, defensor de la mística y el sentimiento religioso, se verá influenciado también por el racionalismo de fines de siglo y el liberalismo, fuente de un pensamiento laico y secularizador. El «liberalismo católico y romántico» de Montalvo delata precisamente la clase de relaciones difíciles y hasta contradictorias que la religiosidad romántica, no solo en el Ecuador sino en el continente, establecerá con la institucionalidad de la iglesia. El liberalismo romántico marca el inicio de la lucha ideológica y social contra la Iglesia Católica, en nombre de la defensa de un cristianismo liberal, sin dogma ni clero.³ Al igual que Esteban Echeverría en Argentina, en su famoso ensayo *Dogma Socialista* (1837-39), Montalvo polemizará con el poder político-social de la iglesia, no con la creencia religiosa como tal.

Los románticos latinoamericanos postularon al pueblo, la nación y la libertad como sus tres conceptos fundamentales; y apelaron a las emociones, el sentimiento y la espontaneidad del lenguaje como vía de la creación literaria. Aspecto que, en el ámbito de la producción literaria, será precisamente una de las causas de disputa entre los escritores románticos y los neoclásicos, más interesados en ensalzar la razón y las formas perfectas. Aunque, como en toda generalización, hubo también la excepción de aquellos escritores que como Montalvo se apegaron dogmáticamente a las normas estrictas del idioma y el uso correcto del léxico. No es extraño que gramáticos de línea políticamente conservadora como los colombianos Antonio Caro y José Cuervo, defensores de la Iglesia Católica, elogiaran extensamente a Montalvo, siendo éste un liberal.⁴ En su defensa dogmática de la lengua de Cervantes, Montalvo

2. Javier Sasso, «Romanticismo y política en América Latina», en Beatriz González Stephan, y otros (comps.), *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1994, p. 74.
3. Véase el desarrollo de esta tesis en Alberto Zum Felde, *Índice crítico de la literatura hispanoamericana*, México, Guranía, 1954; y también, Miguel Rojas Mix, «La cultura hispanoamericana del siglo XIX», en Luis Íñigo Madrigal (coord.) *Historia de la literatura latinoamericana. Del neoclasicismo al modernismo*, Madrid, Cátedra, 1993.
4. Escriben Rufino Cuervo y Antonio Caro a Montalvo llamándolo «perfecto maestro», «honra de las letras americanas», «juez americano», «hallo, en ud. —dice Caro— un estilo natural y vigoroso, gran copia de locuciones y giros, lenguaje pintoresco, frase castigada». Véase en

se distancia del liberalismo romántico, o al menos, de uno de sus rasgos intelectuales más característicos en su momento de fundación latinoamericana con Echeverría: ser una voluntad de lucha contra el estilo de vida y cultura heredados del coloniaje.

Para Pedro Enríquez Ureña los románticos latinoamericanos cumplieron con la tarea fundamental de apropiarse, en las descripciones de su escritura, de la naturaleza americana, el medio, las costumbres, las razas y la memoria histórica. Lo cual fue, en un momento de construcción de las nuevas repúblicas y el mismo aparato estatal, una condición imprescindible en la afirmación de las identidades nacionales emergentes y una cultura americanas. En un sentido general es posible decir que la literatura romántica surgió como una respuesta alternativa a las promesas incumplidas de las élites ilustradas y las consecuencias sociales de sus proyectos políticos de carácter nacional. El problema fundamental de tal proyecto será, como lo señala Ángel Rama en *La Ciudad Letrada*, el de los límites de la literatura para transgredir su estamento colonial, su fuente depositaria de una escritura solidaria al poder. *La Ciudad Letrada* del siglo XIX intentará, bajo el imperio de la letra, modelar la organización de las nuevas naciones; establecer el orden simbólico de las leyes, la vida ciudadana y el mercado; fundar las bases de una educación pública nacional; en fin, someter bajo los ideales del orden y el progreso, la confusión y barbarie de la *ciudad real*.

Hacia el período comprendido entre 1850 y 1870, sobre todo, algunos románticos concibieron a la literatura como una forma de lucha política y servicio público. Esto dio continuidad a una tradición que había ya sido inaugurada décadas antes por Andrés Bello en Venezuela, José María Heredia en Cuba o Domingo Faustino Sarmiento y Bartolomé Mitré en Argentina. La obra de Montalvo puede ubicarse precisamente en el período generacional heredero de esta tradición. En *Las Catilinarias* lo que aparece como fundamental, en este contexto, más que la retórica del insulto contra los tiranos, es el intento de fe de Montalvo de convertir a la literatura en una forma de magisterio social y, como afirma Julio Ramos en relación al conocido ensayo *Nuestra América* de José Martí, un «modo alternativo y privilegiado para hablar sobre la política».⁵ Lo cual significa entre otras cosas entender a la escritura del ambateño como *precursora* no solo de esa firma que se llama José Martí, sino de la generación modernista, en general. Tal es, precisamente, la posición de Iván Schulman en *Nuevos asedios al modernismo*, quien afirma que Montalvo, en-

Banco Central del Ecuador, *Homenaje a Montalvo en el XCV aniversario de su nacimiento 13 de abril de 1927*, Quito, Cultura, No. IX, 1984, pp. 337-354.

5. *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 16.

tre otros escritores, heredará a la generación modernista –Martí, Nájera, entre otros– «una inconformidad ideológica y una insatisfacción con la expresión literaria de la época».⁶ Montalvo, en este sentido, lega al pensamiento y literatura latinoamericanas un sentido de futuro que anticipa o abre las puertas del modernismo de fines de siglo.

Relocalizar a *Las Catilinarías* en las coordenadas históricas y culturales latinoamericanas de una literatura «para hablar sobre la política», una escritura producto de la «inconformidad ideológica» y de la «insatisfacción con la expresión literaria», supone como condición previa no solo reevaluar el peso que la crítica tradicional ha otorgado en esta obra a la figura individual de los tiranos –como si el universo de la política se redujera a individuos–, sino también tomar distancia de los variados estereotipos de su lectura. *Las Catilinarías* y buena parte de la obra del ambateño ha pasado a formar parte de la historia literaria ecuatoriana de una manera fraccionada y superficial. Por un lado, aparece la apología del escritor-artista, «gran estilista», «Cervantes de América», autor de los *Siete Tratados* (1882) y los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* (1885); por el otro lado, se sublima al Montalvo, escritor polémico, «gran insultador» y combativo luchador de las tiranías. Este es el autor de ensayos y panfletos políticos como *El Cosmopolita* (1886), *El Espectador* (1887), *El Regenerador* (1876-1878), *La Mercurial Eclesiástica* (1887) y, por supuesto, *Las Catilinarías* (1980-82).

Aunque no es mi intención invocar aquí una supuesta «unidad metafísica» del autor y su obra, este doble estereotipo de la producción literaria de Montalvo ha terminado por empobrecer la misma complejidad ideológica de lo que significaba en su tiempo la «literatura», y como consecuencia, ha convertido sus concepciones sobre la política y la cultura en lugares estancos. La escritura de *Las Catilinarías*, sin embargo, lo que precisamente pone en evidencia es la manera en que estos territorios están indisolublemente asociados: no solo que hay un uso político del lenguaje que lo «arma» como instrumento de diferenciación y dominación cultural; sino que a la vez, asimismo, en su discurso letrado, Montalvo establece un recorte político de lo que ha de entenderse por «cultura» o «literatura», y esto tendrá, como discutiré más tarde, serias consecuencias en su idea del pueblo, la misma crítica a la tiranía o la posición social asignada a las mujeres en la sociedad ecuatoriana de ese entonces.

Mirado desde una perspectiva continental, Montalvo reinterpreta a la luz de su propio tiempo y país, un conjunto de temas y problemas que recorren el siglo XIX: la relación de la literatura local con lo universal, el eterno

6. Véase Iván A. Schulman, «Modernismo/modernidad: metamorfosis de un concepto», en *Nuevos asedios al modernismo*, Madrid, Alfaguara, 1987.

dilema de cómo asimilar las influencias del pensamiento y la cultura externa, especialmente europea; la relación entre culturas y lenguajes diversos frente a un proyecto de modernidad homogenizador; la función social del letrado en la instrucción del pueblo; la construcción de la civilización, la cultura letrada y las identidades nacionales emergentes.

En *Las Catilnarias*, en específico, o al menos, en una parte fragmentaria de su escritura, compuesta de doce panfletos políticos publicados en el exilio entre 1880 y 1882, aparece, si bien de manera no sistemática y subordinada a la figura de los tiranos, un espacio de reflexión ideológica general en torno a la cultura, el lenguaje y la sociedad ecuatorianas de la época. Aunque en *Las Catilnarias*, Montalvo centra su escritura sobre la figura de los tiranos; ésta figura, por otra parte, es simbólica pues se asimila a un «estado de barbarie» que no es solo política, sino social, cultural, étnica e inclusive gramatical. Y es frente a esta barbarie, entendida como un imaginario global, que Montalvo construirá su propia identidad letrada como civilizador del pueblo tiranizado.

Buena parte de la retórica de *Las Catilnarias*, en este sentido, conecta con el *sermón* religioso colonial, sobre todo cuando Montalvo, por ejemplo, convierte al tirano en un ser pecador e inmoral. Pero a la vez, es también escritura que combina las experiencias subjetivas de su autor —y entonces se acerca al tono confidencial de la *carta* o el *testimonio*— con elementos de ficción, erudición y reflexión social —lo que entonces aparece como *ensayo*—; sin mencionar todavía que, en cuanto a su función como texto político, *Las Catilnarias* afirman una función pedagógica fundamental: buscan dar lecciones, educar y moralizar al pueblo, como una forma de derrocar al tirano Ignacio de Veintemilla.

Es en función de este complejo entramado de temas y géneros que *Las Catilnarias* encuentra diversas resonancias con distintos discursos y textos latinoamericanos, si bien se trata de una intertextualidad que no es explícita ni sistemática; y que no necesariamente implica, por ello, la existencia de una cita directa. Leer *Las Catilnarias* desde estas relaciones de sentido *posibles* a nivel continental resulta fundamental en términos de su ubicación dentro de las letras latinoamericanas.

En primer lugar, la prosa combativa de Simón Bolívar aparece de alguna manera latente en *Las Catilnarias* en su dilema sobre la ingobernabilidad de los ecuatorianos y el doble carácter —civilizado/bárbaro— del pueblo. Tal y como Bolívar en su *Carta de Jamaica* (1815) llamó la atención sobre el «hábito a la dominación» y la «servidumbre» de los hispanoamericanos, lo cual justificaba la necesidad de una liberación por la fuerza, Montalvo escribirá de manera casi paralela: «Ecuadorianos... Quisiera libertaros por la razón o la fuerza y deciros: Pueblo sin ventura, aquí esta vuestra libertad. ¿Me la

aceptaríais? No lo creo». ⁷ Bolívar y Montalvo no solo se acercan en el sentido de autoarrogarse un discurso de «liberación» sino que también sufren los «desencantos» de su liderazgo. Aún, como explicaré luego, el carácter doble, casi esquizofrénico, de la identidad criolla independentista que se legitima en un discurso de reivindicación indígena, cuando en verdad lo desprecia y desconfía de él, reaparecerá en Montalvo, solo que ahora bajo la ambivalencia esquizofrénica de la idea de pueblo.

También, al igual que Andrés Bello y su *Gramática de la Lengua Castellana destinada al uso de los americanos* (1847), en *Las Catilinarias* el combate político de Montalvo contra las tiranías estará orgánicamente unido a la defensa del casticismo y la unidad abstracta de la gramática castellana. Bello y Montalvo compartirán un mismo rechazo a la heterogeneidad lingüística de la oralidad popular y las lenguas vernáculos. De ahí su gusto compartido, por ejemplo, por los arcaísmos y palabrejas de raíz castiza más antigua, prueba de lealtad a la pureza de la lengua madre; y su repudio a los neologismos, las palabras nuevas de origen múltiple. La empresa de Bello, en este sentido, resulta sin duda paradójica: el título de su obra postula una gramática *destinada al uso de los americanos*, esto es, el español tal cual se habla, modifica y localiza en las comunidades hablantes americanas; pero en seguida y de manera anterior se aclara que la lengua es una sola y es *castellana*. En otras palabras, Bello, en realidad, no codifica los usos contextuales sino que legitima la pertenencia o no del español americano a sus raíces españolas. Escribir una gramática de los *usos* produciría una sintaxis no solo infinita sino que rebasaría totalmente sus orígenes castizos. Montalvo, décadas más tarde, será precisamente quién, heredero del «buen hablar» de Bello, utilizará la gramática castellana como un medio simbólico de civilizar y una manera de imponer un «orden nacional» dentro del caos político. Lengua y nación formarán –como veremos en el capítulo tres– una sola y única entidad; o como escribiría Caro: «la lengua es la patria».

La escritura de *Las Catilinarias*, sugiere, además, fundamentales vínculos con la obra del romántico argentino Domingo Faustino Sarmiento. Tal como ha explicado Roig, la civilización y la barbarie, dos categorías centrales del *Facundo*, su conocido ensayo nacional, recorren y estructuran toda la obra del ilustre ambateño. ⁸ En *El Facundo*, las categorías de civilización y barbarie, aluden al enfrentamiento no solo de Europa y América, sino de la ciudad, la modernidad y el progreso, de un lado; y el campo, el atraso y el pa-

7. *Ibid.*, p. 121.

8. Para el desarrollo de esta tesis ver Arturo Andrés Roig, *El pensamiento social de Juan Montalvo*, 2a. ed., Quito, Universidad Andina Simón Bolívar / Corporación Editora Nacional, 1995, p. 194.

sado colonial, del otro. La crítica a la barbarie política del tirano Juan Manuel de Rosas puede ser leída, entonces, como una suerte de paralelo letrado al combate político que Montalvo establecerá en el Ecuador con Ignacio de Veintemilla. En ambos casos, el tirano usa el régimen del terror como forma de gobierno, quebranta las leyes y siembra la base política de su tiranía sobre la otredad cultural –véase el capítulo cuatro–. En otras palabras, como ha explicado Doris Sommer en *Fundational Fictions*, los imaginarios de civilización y barbarie están en un permanente juego de lucha y complicidad. La barbarie americana tiene un «hacia afuera» en su contradicción con Europa, pero muestra también ricas tensiones al interior de sí misma.⁹ No lejos de esta interpretación, Julio Ramos, utilizando la lectura de Piglia sobre *El Facundo*, ha explicado también la forma paradójica en que Sarmiento cita sus fuentes europeas como un recurso de autoridad; sin dejar, por otro lado, de citar mal, de inventar y atrofiar el sentido de lo citado. La escritura, en Sarmiento, vehículo de la civilización, es paradójicamente productora de barbarie. En *Las Catilinas*, Montalvo tampoco escapa a tales paradojas, la barbarie no necesariamente es lo opuesto a la civilización sino su momento de decadencia. Por lo demás, Montalvo también compartirá con Sarmiento su rechazo al mestizaje cultural así como sus recelos hacia el contrato social rusoniano: el pueblo será considerado incapaz de auto-gobernarse, será preciso primero educarlo.

Finalmente, Ariel (1900), el famoso ensayo de José Enrique Rodó, sugiere algunas coincidencias con *Las Catilinas*, si bien en un contexto histórico posterior y de manera no sistemática. Rodó, fundador del arielismo, participa de la influencia hispánica de fin de siglo, la corriente modernista y el rechazo a la órbita de influencia norteamericana. En su obra, *Ariel* representa el «genio del aire» o «la parte noble y alada del espíritu»; es el símbolo de una intelectualidad que tenía por consigna producir la «emancipación mental» que rescataría a los pueblos de su ignorancia. El intelectual arielista es un mesías cuya función superior es el magisterio espiritual. La figura de Ariel encarna así los valores contrarios al utilitarismo mercantilista y el pragmatismo materialista de Estados Unidos. Montalvo y Rodó coincidirán en varias de sus afirmaciones: revalorización de la cultura clásica; defensa del hispanismo frente a la presencia de lo mestizo y lo indio; función pedagógica del hombre de letras; afirmación de un gobierno moderado fundado en una aristocracia

9. Afirma Sommer citando a Ludmer que, en el caso de Sarmiento, «la barbarie no sólo dramatiza la confrontación con la civilización sino estructura una confrontación interna consigo misma. Hay una doble tensión, dentro y fuera de ésta». Doris Sommer, *Fundational Fictions. The national romances of Latin America*, Berkeley, University of California Press, 1991, pp. 63, 345.

del espíritu, esto es, una cultura de élite. Aún, es posible encontrar similitudes entre el sentido bíblico –católico– que por momentos convierte a *Las Catilinarias* en un sermón religioso y el uso de parábolas –propias de la pedagogía bíblica– en la literatura de Rodó; en ambos, además, de manera fundamental, la juventud rebelde representará los nuevos valores y el nuevo orden. En *Las Catilinarias*, los jóvenes son la esperanza del futuro: los libertadores nunca han sido viejos.¹⁰ Entendida la juventud como una «época de alegría incorrupta», el ambateño afirmará que ésta es la edad de los apasionamientos, las empresas atrevidas, las grandes hazañas. «Si me preguntan cuál de las edades del hombre es la más hermosa, yo responderé que la juventud»;¹¹ «¡Desgraciado del pueblo donde los jóvenes son humildes con el tirano, donde los estudiantes no hacen temblar al mundo!»,¹² escribe el ambateño. No resulta extraño, entonces, por qué Rodó comentara y elogiara tan extensamente la obra del ambateño, poniéndolo al lado del mismo Simón Bolívar o Rubén Darío.¹³

En sus cercanías con Rodó, la obra de Montalvo revela, a la vez, una de sus mayores limitaciones: nunca llegará a cuestionar la condición neo-colonial latinoamericana ni la autoridad cultural de la herencia española. El modelo cultural de su literatura, en este sentido, siguió bajo la influencia hispánica y el problema de las «razas», por ejemplo, se resolvió desde la cultura y orden institucionalizados. El romanticismo liberal de Montalvo tiene en esta «continuidad colonial» una de sus características más problemáticas. En el famoso debate que Sarmiento y Bello establecieron en 1842, a propósito de cuestiones filológicas, primero, y más tarde, como una disputa de neo-clasicismo versus romanticismo, uno bien podría imaginarse al Montalvo casticista defendiendo la posición conservadora de Bello, partidario de la pureza del habla castellana y el valor de la cultura española; y tomando distancia de la posición romántica de Sarmiento, quien defendió el progreso de la cultura, la libertad de la expresión romántica y los beneficios de la cultura francesa, incluso en contra del hispanismo.

Aunque la obra del ambateño puede entenderse como la fase de un liberalismo en ascenso al interior de la historia del Ecuador, esto es, un momento precursor de la Revolución Liberal de 1895; por otro lado, a diferencia de ésta, Montalvo no estará vinculado a las demandas y conflictos vitales de los sectores bajos de la población, sobre todo de la Costa. El proyecto nacional-

10. «¡Qué es, mi Dios, ver a los universitarios de las ciudades de Alemania afrontarse con la fuerza armada, medirse con ella y dejar enhiesto el pendón de su alta clase!». *Ibid.*, p. 168. «El gobierno está bien con los estudiantes; anhela por complacerlos; concedido. ¡Viva Francia! los estudiantes han triunfado». *Ibid.*, p. 169.

11. *Ibid.*, p. 333.

12. *Ibid.*, p. 169.

13. Véase, José Enrique Rodó, *Hombres de América*, México, Editorial Novaro, 1957.

liberal criollo de Montalvo, opuesto a los intereses de las oligarquías, no es necesariamente por ello un proyecto democrático. Tal como afirma Miguel Rojas Mix, una de las características fundamentales de los liberales criollos en Latinoamérica será su rechazo al mestizaje. Ociosidad, incapacidad industrial, barbarie, el mestizaje será percibido como el responsable de todos los defectos que impiden el progreso de América.¹⁴ En el caso de Montalvo, lo veremos, ésta será precisamente una de las razones del rechazo de Montalvo a las formas vernáculas, mestizas, del habla popular o el valor cultural de las otredades étnicas.

Montalvo, ha dicho Roig, representó en su literatura los intereses de una clase media en ascenso, por eso no solo que afirmó su distancia social y cultural de los sectores analfabetos, sino que justificó la necesidad de la propiedad privada individual, en un contexto en que la burguesía surgía como nuevo poder económico en el país. El triunfo de la Revolución Liberal posibilitaría, precisamente, que este nuevo sector económico accediera al control político del Estado y se fundará por primera vez en nuestra historia, un Estado laico.

14. Véase, Miguel Rojas Mix, «La cultura hispanoamericana del siglo XIX», en Luis Íñigo Madrigal (coord.), *Historia de la literatura latinoamericana. Del neoclasicismo al modernismo*, Madrid, Cátedra, 1993, p. 64.

CAPÍTULO 2

Los ecuatorianos, un pueblo bárbaro

Leído desde la tradición cívico-patriótica del Estado ecuatoriano, Montalvo ha sido considerado un paladín justiciero, férreo detractor de las tiranías de su tiempo a la vez que defensor del pueblo indefenso y analfabeto. No es casual que el día de su nacimiento, el 13 de abril, se haya consagrado oficialmente como el día del maestro ecuatoriano y distintas escuelas e instituciones educativas públicas hayan adoptado su nombre como estandarte. En *San Juan Montalvo* (1960), el devoto libro de Clodoveo González, Montalvo es un *soldado, campeón de la libertad, maestro de los maestros laicos*. El nombre e imagen de Montalvo no solo se ha materializado en monumentos, plazas, calles o la misma moneda nacional, sino que su presencia modélica ha justificado diversas políticas culturales y educativas, planes de estudio y lectura ciudadana.

Pero Montalvo, muy a pesar del pedestal que la ideología cívico-patriótica ha intentado levantarle, aparece ambivalente en su forma de valorar al pueblo ecuatoriano. La problemática político-intelectual de Montalvo en *Las Catilinarias* revela una suerte de aporía o lugar de indeterminación conceptual en su representación del pueblo que la crítica tradicional ha pasado por alto. Por un lado, el pueblo, tomado como unidad orgánica de todas las clases sociales, es el fundamento de la unidad cívico-política nacional, de acuerdo con los principios del liberalismo; este es el discurso de un pueblo ideal con el que el ambateño se siente exaltado «oyendo unir su nombre a las santas palabras de patria y libertad ante la glorificación ardiente de miles de personas bien intencionadas» (*Las Catilinarias* 113). Por otro lado, en un sentido histórico-social y restringido a los sectores subalternos analfabetos, el pueblo aparece como el lugar de corrupción y barbarie cultural que sirve de apoyo a la tiranía; el ecuatoriano, escribe Montalvo, es un «pueblo que ha llegado a temer sino el azote, y a no apreciar sino la fuerza, aún en forma de crímenes y vicios» (*Las Catilinarias* 174); Montalvo calificará al Ecuador como «la más desgraciada, sin duda, de las repúblicas hispanoamericanas» (254).

En este capítulo, indagaré el universo de ideas asociado a la manera romántico-liberal en que Montalvo proyecta a los ecuatorianos como ese *pueblo-imaginado*: alfabeto, ilustrado, católico, respetuoso de la ley; para llegar

finalmente a su amargo y violento desencanto con el pueblo «triste cosa», considerado por él, complaciente, atemorizado con los tiranos, y muy inferior en el grado de ilustración pública a los pueblos modelo europeos.

EL PUEBLO SOMOS TODOS

Ya desde la primera diatriba de *Las Catilnarias*, el «pueblo» está definido como ese «vasto conjunto de individuos cuyas fuerzas reunidas no sufren contrarresto». ¹ El pueblo es el tribunal inexorable; la fuerza depositaria que levanta o aplasta los gobiernos; la comunidad social sujeta a unas mismas leyes y que solo al Estado debe obediencia. Tal como lo ha explicado Roig, la idea de «pueblo», en Montalvo, está entendida como una unidad armónica de todas las clases sociales; un régimen dentro del cual las distintas esferas de lo civil, lo eclesiástico y lo militar, se verían vinculadas. Escribe el ambateño:

En razón de las leyes divinas reconocemos el poder de Dios, en razón de las naturales acatamos a la naturaleza, *en razón de las humanas dependemos los ciudadanos unos de otros, y todos juntos somos esclavos respetables del soberano invisible que está ahí erguido y magestuoso con el nombre de Estado*² (la cursiva es mía).

El «pueblo», en suma, es sujeto –sujeto/sujetado diríamos hoy con Foucault– de la ley del Estado, lugar de la composición ciudadana, y como veremos enseguida, Montalvo lo entiende además, como un organismo vivo; se refiere al pueblo bajo la metáfora de un «cuerpo». Cito *Las Catilnarias*: «leyes son los vínculos de la sociedad humana con los cuales viven los hombres *formando un sólo cuerpo*, sujetos a unos mismos deberes, agraciados con unos mismos fueros»³ (la cursiva es mía). La metáfora «pueblo-cuerpo» no es solo fruto de una comparación retórica sino que implica una subtrama de supuestos ideológicos: lo primero, sin duda, es que cada parte del pueblo –cada clase social– está subordinada al todo y no puede existir de manera separada; por eso el pueblo es un *uno* orgánico e integrado con el «soberano invisible» que es el Estado. Tal unidad, por supuesto, no es sino la proyección imaginada de la misma *escritura*, en tanto que el territorio y la organización política

1. *Ibid.*, p. 64.

2. *Ibid.*, p. 64.

3. *Ibid.*, p. 64.

del mismo Estado, permanecen en los albores de la república todavía inciertos.

La metáfora «pueblo-cuerpo» permite además pensar en una función natural asignada a cada parte. En sus *Lecciones al Pueblo*,⁴ Montalvo escribirá que «la sociedad humana se compone de muchos y diferentes miembros: cada uno tiene sus facultades y de la cooperación de todos resulta este conjunto».⁵ Se trata, en definitiva, de una justificación ideológica de la unidad de las distintas clases sociales de acuerdo a la función que cumplen, sea ésta la producción, la defensa territorial o la defensa moral. Finalmente, un tercer supuesto, de tipo más filosófico, es el naturalismo implícito a la comparación. Al igual que Herder, y no tanto Hegel como piensa Agoglia,⁶ Montalvo imagina al pueblo como un ente orgánico, fundado en la férrea unión de sus partes y regido por principios de distribución económica.

En otra de sus obras, *El Regenerador*,⁷ la idea del pueblo aparece explícita:

... pueblo son todos. Pueblo es el labriego, el artesano, el artista; pueblo es el carpintero, el herrero, el sastre; pueblo es el jurisconsulto, el médico, el humanista; pueblo es el sacerdote evangélico, el soldado patriota, el profesor filantrópico; pueblo es el mercader, el corredor, el estudiante. El estudiante, ¿habéis oído? (...) ese es el pueblo.⁸

En un sentido discursivo, idealizar al pueblo, otorgándole unidad, límites de soberanía e identidad propia, fue una manera de imaginarlo en la *escritura* como el fundamento espontáneo y natural de la misma nación ecuatoriana. En sus *Lecciones al Pueblo*, Montalvo, en efecto, define al pueblo como «el globo de la nación»⁹ y sostiene que «sin pueblo no hay nación».¹⁰ En último término, decir que el pueblo *es* la nación significa que ésta no nace de una voluntad racional, no elegimos por un acto político pertenecer a ella, si-

4. Remito al conjunto de *Lecciones al Pueblo* que recopila Roig en su libro *El pensamiento social de Juan Montalvo*, la sección de su anexo, pp. 196 y ss.

5. *Ibíd.*, p. 216.

6. Una de las tesis de Agoglia sobre Montalvo, como hemos dicho, es su cercanía al «historicismo» o «hegelianismo», a diferencia de Juan León Mera que sería más naturalista o «herdegueriano». Véase en Rodolfo Agoglia, «Estudio introductorio y selección», en *Pensamiento romántico ecuatoriano*, vol. 5, Quito, Banco Central del Ecuador / Corporación Editora Nacional, 1980.

7. Juan Montalvo, *El Regenerador*, tomo primero, París, Casa Editorial Garnier Hermanos, 1929, 240 pp.

8. *Ibíd.*, p. 173.

9. *Ibíd.*, p. 196.

10. *Ibíd.*, p. 207.

no que la integramos. La nación como afirma Agoglia, refiriéndose al caso del romanticismo, es una entidad política que se funda en la valoración del medio, el paisaje, la raza, el lenguaje, los usos y costumbres, factores todos que condicionan el proceso social. «La nación es una configuración orgánica emergente de la sociedad, pero más amplia y compleja que ésta, porque reúne otros valores y principios».¹¹

En *Imagined Communities*, Benedict Anderson ha afirmado el carácter inventado de las naciones modernas. Para Anderson, como es conocido, las naciones son un producto creado por las ideologías nacionalistas auspiciadas desde el Estado, a través del sentido de comunidad que proyecta el «capitalismo impreso». La nación es aquella «comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana».¹² Es un «deber ser» caracterizado por su sentido de unidad, de pertenencia soberana y límites geográfico-espaciales. El enfoque de Anderson, sin duda, es problemático en el sentido de que desconoce los «nacionalismos desde abajo», esto es, producidos por los sectores subordinados, no-hegemónicos de la sociedad. Aún así, la comprensión de la nación como el producto hegemónico de una cultura letrada, para el caso de un escritor como Montalvo, resulta apropiada.

De esta forma, entender la nación ecuatoriana como la *comunidad imaginada* de la «ley y el orden» emergente de un pueblo culto, resulta un «arma letrada» fundamental a la hora de polemizar con la tiranía. No solo se trata de que el llamado ciudadano del ambateño anhela alcanzar dimensiones «nacionales» y por eso se dirige a una unidad imaginaria, sino que ese cuerpo orgánico del pueblo, sujeto de la ley, aparece como antagónico a la figura social del cuerpo del tirano, corruptor de toda ley. Afirma el ambateño en *El Regenerador*:

Ya os dije que el pueblo no era la plebe solamente; *pueblo es la nación fuera de tiranos y esbirros*; en cuanto miembros de ella, todos tenemos facultad para pedir lo que conviene a todos¹³ (la cursiva es mía).

Las Catilnarias, sin embargo, lo que precisamente revelan es la manera paradójica en que el proyecto romántico libertario, cívico-patriótico de Montalvo, fracasa. Y una de las marcas discursivas de tal fracaso, será el odio y repudio del escritor a ese mismo pueblo que pretende liberar de la tiranía.

11. *Op. cit.*, p. 45.

12. Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 22-25.

13. *Op. cit.*, p. 173.

TRISTE COSA ES EL PUEBLO

En el ensayo séptimo de *Las Catilinarias*, Montalvo establece una distinción fundamental en nuestra discusión: la existencia de dos clases de pueblos: aquellos que son ilustrados, libres y virtuosos; y los otros, ignorantes, temerosos y esclavos. La diferencia entre unos y otros vendrá dada por el nivel de su instrucción popular. Lo cual equivale a decir, en términos más simples, que los pueblos se ubican en una gradación que va de la civilización a la barbarie: muy y bastante adelantados, atrasados y muy atrasados.

Influido por José de Manier, quien en la Exposición Universal de 1867 en Francia presenta un mapa de la instrucción popular en Europa, Montalvo elabora en *Las Catilinarias* una clasificación ilustrada de los pueblos del mundo.¹⁴ Lo significativo de esta *cartografía universal de la instrucción popular* es que ahora Montalvo la extiende a América y reserva, al final, un lugar especial para el pueblo ecuatoriano. Este gesto de inscripción discursiva puede leerse a varios niveles: Montalvo «importa» el discurso europeo de Maistre, como diría Ramos, no solo para «citarlo», justificando así su propia autoridad, sino que quiere «completarlo» desde la geografía-política americana. Este «exceso» de discurso que Montalvo añade es precisamente lo que permite colocar —y diríase fundar— en ese mapa mental extranjero la geografía e identidad americana; se trata, en definitiva, del complejo dilema letrado del siglo XIX de cómo asimilar la novedad y autoridad del discurso externo, para producir en retrospectiva la *distorsión* de la propia identidad. *Distorsión* que, por lo demás, aparece en el mapa de Montalvo, como una reminiscencia de otra obra suya: *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. En *Las Catilinarias*, lo que Montalvo cataloga, entonces, no son los países, sino el sentido, la identidad americana, que se le había «olvidado» a Maistre.¹⁵

En su mapa, Montalvo reconoce que la llamada civilización europea no es homogénea, sino que tiene fisuras: hay también pueblos bárbaros. Para el ambateño naciones como Suecia, Noruega, Dinamarca, Alemania o Suiza son el modelo viviente de los pueblos muy adelantados.¹⁶ Mientras que en el

14. Afirma el ambateño: «... la instrucción pública, fundamento sin el cual no ha de levantarse una nación». *Ibíd.*, p. 248.

15. Jorge Luis Borges le hubiera llamado al ambateño, *Pierre Menard Montalvo, autor del Quijote*, dado que «no encaró nunca una transcripción mecánica del original; no se propuso copiarlo. Su admirable ambición era producir unas páginas que coincidieran palabra por palabra y línea por línea con las de Miguel de Cervantes» (*Ficciones* 49-50), o mejor, con aquellas palabras que Cervantes se olvidó escribir.

16. «En Suecia el globo de las ciudades, la gente de capa parda, jornaleros y gañanes, todos saben leer y escribir; y no hay mozo de cuerda, ni ganapán que no firme de su puño y letra con-

caso de países como Francia, Bélgica, Italia, Inglaterra, Grecia, España o Portugal, constata la existencia de una Europa atrasada e ignorante.¹⁷

Al revisar la situación de las repúblicas americanas, Montalvo afirma que países como Bolivia o Perú estarían en la escala de los más atrasados;¹⁸ mientras que Estados Unidos, Argentina o Chile representarían el modelo de las repúblicas más adelantadas.¹⁹ Al llegar al caso del Ecuador, finalmente, el ambateño sentencia: «Entre las naciones, o digamos nacioncitas, de nuestra raza indohispana, las hay que son muy desgraciadas; como la del Ecuador, ninguna».²⁰ Esta degradación y rechazo virulento de los valores del pueblo ecuatoriano es, valga aclarar, un elemento constante en *Las Catilinarias*. Una y otra vez, el ambateño dirigirá el ardor de su palabra a un cuerpo social que es ahora «infame», «miserable» y «servil»:

trato de matrimonio». *Ibid.*, p. 197. «Por cada cinco mil habitantes hay un escolar en Noruega; por donde vemos no hay un niño en edad de aprendizaje que no vaya a la escuela. Hombres y mujeres todos saben leer y escribir». *Ibid.*, p. 199. «El dinamarqués, el sueco y el noruego saben todo lo relativo a su patria (...) En Dinamarca, lo mismo que en Suecia y Noruega, por cada mil habitantes hay uno que no sabe leer». *Ibid.*, p. 202. «Los alemanes, inclusive los soldados rasos, en su invasión al país de Francia, conocían la geografía física de este imperio mejor que los generales franceses». *Ibid.*, p. 203. «La plebe de Suiza es la más ilustrada de Europa: los suizos saben la geografía física... la política... la historia nacional y tienen nociones de la universal». *Ibid.*, p. 219.

17. «... la instrucción popular en Francia. Voltaire y sus enciclopedistas en contraposición con el pueblo cuya tercera parte no saben leer ni escribir, vinieron citados por mí como prueba del repartimiento desigual e injusto de la luces. Unos que saben todo y otros que todo ignoran, componen una de las naciones más ilustres de la tierra». *Ibid.*, p. 238. «En Bélgica, otro que tal, la ignorancia anda con vara alta: el cuarenta y nueve por ciento de sus hijos carecen de toda instrucción». *Ibid.*, p. 247. «Italia entre la categoría de las naciones atrasadas; y con razón, pues no ha más de diez años, el 71 por ciento de los italianos ignoraba las primeras letras». *Ibid.*, p. 248. «Inglaterra, patria de Newton, no es de los pueblos más adelantados... los privados de luces comunes en Inglaterra, hasta ahora poco, eran dos millones». *Ibid.*, p. 247. «Grecia es de los pueblos muy atrasados. ¿Y España, España? ¡Pobre España! España es también de los pueblos muy atrasados». *Ibid.*, p. 248. «En Portugal, por 70 niños uno va a la escuela». *Ibid.*, p. 250.
18. «...en ciertas repúblicas de las nuestras el cómputo sería aún más lastimoso; podemos afirmar que el 80 por ciento de los habitantes no sabe leer ni escribir. Los indios componen la tercera parte de la población en algunas provincias de Bolivia, el Perú, el Ecuador, por ejemplo». *Ibid.*, pp. 250-251.
19. «Los Estados Unidos tienen presupuestos de instrucción primaria que suman muchos millones de pesos fuertes: las escuelas de niños son grandes edificios, las de niñas son palacios... son una de las naciones más felices de la tierra». *Ibid.*, p. 224. «Entre las repúblicas sudamericanas, la Argentina y la de Chile, me parece son las más adelantadas de la instrucción popular». *Ibid.*, p. 253. «Venezuela ha sido fecunda en varones eminentes así de espada como de pluma: de dónde salió un Bolívar, pudo salir muy bien un Bello». *Ibid.*, p. 254.
20. *Ibid.*, p. 173. «El Ecuador ¡ay de mí! es el Portugal del Nuevo Mundo: el Portugal en cuanto al veinte por ciento que saben leer». *Ibid.*, p. 254.

he aquí, ecuatorianos, en qué extremo de miseria habéis caído. Digo habéis porque a mí no me inficiona vuestra servidumbre, vuestro infame sufrimiento. Cuando no os miro con lástima, arrebatos de odio son los míos. Quisiera libertaros por la razón o la fuerza y deciros: Pueblo sin ventura, aquí esta vuestra libertad. ¿Me la aceptaríais? No lo creo.²¹

Las expresiones de «odio» y «lástima» de Montalvo hacia el pueblo-real, que es analfabeto y pobre, no solo funciona como una manera de diferenciación social, desde su posición culta y letrada, de la clase laboriosa; hay también la asunción de que el pueblo-real sería incapaz de decidir racionalmente sobre su destino en una república ilustrada. En su «odio», Montalvo infantiliza al pueblo: lo regaña como a un infante descariado que, en su ignorancia, necesita la tutela del letrado, poseedor de la mayoría de edad. El lema: «¡Ten valor de servirte de tu *propia* razón!»,²² no lo conoce el pueblo, sugiere Montalvo. De hecho, como explicaré en los capítulos siguientes, también las poblaciones indígenas y las mujeres, en especial, serán objeto del tutelaje racional del ambateño. En suma, lo que esta detrás de este imaginario de degradación de la «nacioncita» ecuatoriana, que reaparecerá en otros discursos y letrados del siglo XX, es la representación de una cultura de élite que infantiliza al pueblo ignorante.²³

Pero hay todavía una razón más decisiva para este «odio» de Montalvo contra los ecuatorianos. El pueblo-real conforma los batallones y milicias que apoyan la tiranía, es su fuente social de base.²⁴ En uno de los pasajes de *Las Catilinarias* dedicado a García Moreno, Montalvo, desilusionado, confirma que «Muerto el tirano, libre debió quedar el pueblo, y no quedó; el tirano le había quitado el amor a la libertad, no del pecho solamente, sino también de la memoria».²⁵ La base social del Garcianismo así como sus milicias populares aparecen, entonces, todavía activas y operantes. La complejidad e importancia de este tema es enorme, y será abordada en el capítulo cuatro. Por ahora, valga simplemente observar de manera general que la idea de «pueblo» ha adquirido un significado diferente: pueblo es aquí solamente la clase social del vulgo, la parte trabajadora e ignorante. Escribe el ambateño en *Las Catilinarias*: «el pueblo, lo que es el pueblo, esa multitud compuesta de la parte

21. *Ibid.*, p. 121.

22. Emmanuel Kant, «¿Qué es la ilustración?», en *Filosofía de la historia*, Santafé de Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 25.

23. Agradezco esta observación a Guadalupe Soasti.

24. «Veintemilla es obra de los guayaquileños; los patriotas, los liberales, los dignos, los orgullosos, los valientes, los libres guayaquileños». *Ibid.*, p. 108.

25. *Ibid.*, p. 102.

laboriosa y útil de la sociedad humana».²⁶ El pueblo es entonces una «parte» y no la unidad de la sociedad, y aunque «útil», es también, por ello, el grupo social más expuesto a los males de la ignorancia, la pobreza y el miedo. Dice Montalvo:

Triste cosa es el pueblo: se levanta en su presencia un hombre malo, con su segunda intención inicua, ignorante además y burdo, llama herejes, masones a los apóstoles de la libertad, y el pueblo se yergue contra el bien que le estamos ofreciendo.²⁷

En síntesis, el desprecio de Montalvo hacia el estado de miseria en que han caído los ecuatorianos aparece como un lugar de aporía o indeterminación con la misma posición que intenta representar: ser su maestro y guía. Pregunta el ambateño, ¿cuándo el Ecuador amarará a sus escritores? ¿cuándo la simiente de los «hombres de la idea» fructificará en la conciencia del pueblo? Cito *Las Catilnarias*:

Cuando tengamos escuelas donde la religión y la moral, escamondadas de pillerías, entren con las primeras letras en el corazón de los niños: cuando los hombres de buenas intenciones y saber no sean el hito de la persecución: cuando el clero no se sirva de Dios ni de Jesucristo para sostener y perpetuar a los tiranos, y arruinar en la opinión de la mayoría inculta a los amigos de la libertad y el adelanto.²⁸

Habría que preguntarse, sin embargo, ¿hasta dónde la escritura culta de Montalvo, sus menciones de erudito, su admiración por los pueblos de Grecia y Roma y la obra de Cicerón, podían ser una manera efectiva de educar y guiar al pueblo ecuatoriano? ¿Hasta dónde el pueblo-real de la época de Montalvo no fue más que un referente imaginado de su literatura y que, en un sentido socio-cultural efectivo, se hallaba excluido del sistema letrado que organizaba su misma representación?²⁹ La tesis de Antonio Cornejo Polar sobre la existencia de un doble estatuto sociocultural de la literatura indigenista del siglo XX, tiene en el caso de la literatura de Montalvo, que no es indigenista y pertenece a la producción literaria del siglo XIX, una singular vigencia. La de Montalvo es también una forma particular de *literatura heterogénea*, en el

26. *Op. cit.*, p. 108.

27. *Op. cit.*, p. 208.

28. *Ibíd.*, p. 219.

29. «No hay hombre... ¿He de ir yo a despanzurrar personalmente al malhechor? Un león, un tigre; aquí esta mi vida: pero un perro... ¿Y por quién! ¿se trata del pueblo romano? ¿de una víctima ilustre? ¿de un pueblo grande, pueblo noble?». *Ibíd.*, p. 104 –la cursiva es mía–.

sentido de que intenta representar la identidad socio-cultural del pueblo-otro, analfabeto, cuando en efecto lo excluye. Pero, ¿no ha sido ésta, en un sentido más amplio, la esquizofrenia cultural sobre la que esta fundada la misma nación ecuatoriana?

En su desprecio al pueblo ecuatoriano, Montalvo, en realidad, continúa con la vieja angustia esquizofrénica del discurso de liberación criollo, que afirma representar los intereses generales del «pueblo», incluyendo aquel de las poblaciones étnicas nativas, cuando en realidad lo repudia y utiliza para dar legitimidad a sus propios intereses «nacionales». Es en el contexto de emergencia de las nuevas repúblicas hispanoamericanas que el mismo Simón Bolívar, libertador de las patrias, en su famosa *Carta de Jamaica* (1815), escribe:

... no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado.

La borradura y silenciamiento del «otro» –lo que Walter Benjamin llamaría la tradición histórica de los oprimidos– es la base sobre la que el discurso criollo de Bolívar afirma su «extraordinario y complicado» derecho a justificarse a sí mismo –siendo que no es ni indio ni europeo– como el nuevo propietario de las tierras americanas y el trabajo manual de los indios. Varias décadas después, Montalvo se hallará, con las diferencias históricas del caso, en una encrucijada similar: legitimar su gesta de liberación letrada frente a un pueblo imaginado que no se reconoce como indio ni puede ser europeo. Montalvo, heredero de esta lógica esquizofrénica de la identidad criolla, terminará repudiando y temiendo la abyecta ignorancia del pueblo-real.

La llamada «desgracia» del pueblo ecuatoriano –su miseria, su analfabetismo– resulta así, una realidad que no es consustancial al mismo pueblo, sino que contradictoriamente tiene su origen simbólico, discursivo, en la misma representación letrada, de carácter utópico, que afirma su liberación.³⁰

30. Valga mencionar que, más allá de la obra de Montalvo, esta fractura en el discurso libertario o utópico recorre, bajo otras condiciones históricas y sociales, la misma producción literaria y cultural del siglo XX. La idea de la utopía como forjadora de una identidad esquizofrénica nacional es un problema que estudio en «Buscando los restos de América: exotismo, identidad y utopía en el siglo XX», disertación doctoral, Universidad de Pittsburgh, 2004.

CAPÍTULO 3

De las letras y las armas

Tu obra grande
es una voz que suena poderosa
dando aliento y vigor. Loor eterno
al hispano gigante celebrado
que creó la epopeya de la burla
mezclada con lágrimas dolientes (...)
¿Cómo no has de acercarte hasta la cumbre
si Cervantes te lleva de la mano?

Rubén Darío,
A Juan Montalvo.

¿De qué manera las letras pueden detener la violencia de las armas y la corrupción que levanta el gobierno analfabeto de las tiranías?, ¿cómo frenar las movilizaciones militares de los más ignorantes, base social de los tiranos, en su arremetida contra la vida de la *ciudad letrada*?, ¿cómo, en definitiva, establecer la armonía de las clases sociales, el respeto a la ley, la propiedad privada y fundar así el buen gobierno?

Las Catilinarias son un intento por responder a estas preguntas a través de las *letras* transfiguradas en «armas» y de la *escritura* entendida como campo ideológico de batalla. Tal empresa, sin embargo, tiene en la literatura ecuatoriana anterior, específicamente en las obras de Espejo y Olmedo, una *tradicón previa*.

En su intertextualidad con la obra periodístico-intelectual del quiteño Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo (1747-1795), conocido equivocadamente como precursor de la independencia ecuatoriana,¹ el ambateño afirmará el valor de la literatura como arma capaz de combatir la corrupción, la inmoralidad y la ignorancia. Espejo y Montalvo coincidirán precisamente en que la educación es una forma de «regeneración» del pueblo, y ahí

1. La defensa de una monarquía de derecho divino por parte de Espejo es una tesis que se desarrolla en Marie-Danielle Demélas e Yves Saint-Geours, *Jerusalén y Babilonia: religión y política en el Ecuador, 1780-1880*, Quito, CEN / IFEA, 1988.

donde el primero quiso ejercer un periodismo de metas pedagógicas con la intención de reformar el saber médico y las costumbres de Quito; el segundo hará de su obra una forma de legislar, esto es, darle al pueblo la normativa social de su convivencia, las lecciones en el respeto a ley. Más significativo todavía, Espejo –quien según Roig es el primero en introducir las categorías de civilización y barbarie en las letras ecuatorianas– y Montalvo, reconocerán que la «barbarie» es un «estado de indiferencia» que olvida las necesidades sociales del pueblo; de ahí su uso compartido de una literatura satírica y virulenta capaz de «alertar» y «despertar» el compromiso social de sus lectores.

Posterior a Espejo, en el mismo momento de fundación de la República del Ecuador, el guayaquileño José Joaquín de Olmedo publicará *La Victoria de Junín. Canto a Bolívar* (1826), un poema que continuará en la tradición de una literatura «armada». En su poema, Olmedo usa la imagen fantasmal del rey Inca Huayna Cápac con el fin de profetizar la victoria de las guerras de independencia de Junín y Ayacucho y otorgar a Bolívar el sitio de nuevo inca renacido. El poema ha sido leído fundamentalmente como una loa a Bolívar, pero podría ser interpretado, además, como un «canto» a la guerras de independencia en cuanto tales; leído de esta manera, entonces, lo que este poema funda es una suerte de «poética de la guerra» que convierte a su mismo lenguaje en una «arma fundadora», en el plano simbólico, de aquellas guerras de independencia y la misma nación escrituraria emergente. *Las catilinarias*, si bien no necesariamente influidas por esta literatura anterior, pueden ser leídas en la tradición estética y política de esta literatura «armada».

Y es que para Montalvo, las letras son la «espada noble», «el puñal de la salud»; las palabras-armadas convulsionan y agitan a las masas, ilustran y moralizan al pueblo, ironizan y escarnecen a los corruptos, socializan en la conciencia los imaginarios de la imprenta y conservan la memoria histórica de los pueblos que habita en los libros. En suma, frente a la barbarie del gobierno tiránico, las letras serán las portadoras de la civilización. Montalvo, civilizador *en y del* lenguaje, descarga la violencia de éste sobre todo aquello que contradice su ley, su gramática. *El Cosmopolita*, *El Regenerador*, *Las Catilinarias* son libros que están escritos no con palabras sino con flechas, dice el ambateño.² Lo cual transforma la escritura de estas obras, como he dicho, en un campo de guerra ideológica donde polemizar con los tiranos, el ejército y clero corruptos. Pero la barbarie que Montalvo combate, además, tiene un

2. «¿Cuántas veces el torpe Veintemilla ha hecho porque mi crédito venga en disminución, atribuyéndome obritas de cualquier truhán; pero mi nombre está grabado en mis flechas, y con ellas en el corazón mueren tiranos y tiranuelos: díganlo García Moreno y *El Cosmopolita*; díganlo Antonio Borrero y *El Regenerador*. ¿Lo dirán también Ignacio Veintemilla y *Las Catilinarias*?». *Ibíd.*, p. 166.

enemigo simbólico: esos otros lenguajes orales de los iletrados y analfabetos. Tal como afirma Tomás Segovia en *Poética y profética*,

... si nos centramos en un lenguaje en particular, desde ese punto de vista los otros lenguajes aparecen también ellos como elaboraciones humanas del 'mundo' que pueden ser objeto o tema del lenguaje que estamos considerando.³

Desde el punto de vista de la defensa del «lenguaje puro», Montalvo polemiza también con el valor, prestigio cultural y corrección gramatical de los «otros» lenguajes: los lenguajes barbarizados. No de otro modo se explica el desprecio del ambateño por las formas lingüísticas que barbarizan el español y se asimilan al pueblo ignorante, por un lado; o su ataque a la tiranía iletrada, analfabeta, en su uso del idioma, por el otro. Es a través de la «pureza» del idioma que Montalvo vio la manera de cuestionar la ignorancia e imponer un «orden», una «ley» de sujeción universal para la constitución de un pueblo virtuoso.

En *Las Catilinarias*, el desprecio de Montalvo por las formas vernáculas del lenguaje castellano se manifiesta de manera ejemplar en los barbarismos con que el «chagra», mayordomo de hacienda emigrado a la ciudad, habla un español quichuizado, lleno de palabras no castizas. «Quichuahispano» lo denomina Montalvo⁴ y lo considera una suerte de barbarismo lingüístico.

Dice el ambateño sobre el «chagra» que

... es mayordomo rural de nacimiento: tiene mula, yegua; caballo, rara vez. El chagra dice **piti** en lugar de poco, responde **jau!**, cuando le llaman...⁵

... un chagra gran señor, con cacofonía y todo, es la cosa más graciosa que nadie puede imaginar. Da convites, y en vez de jamón pone **cui**... La loza blanca no ha penetrado todavía en el palacio del chagra.⁶

3. Tomás Segovia, *Poética y profética*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 120.
4. «Bajos o centros son los que ellos, en su gran idioma quichuahispano, llaman *ucunchi* o *incunchina*, para eterna risa de don Francisco de Quevedo (...) lo que las hermosas españolas se ponen debajo de la saya, no tanto por abrigo, cuanto por dar realce a los miembros tentadores, no son *ucunchis* ni *incunchinas*, como los de los valientes ecuatorianos, sino bajos o centros, que son los términos castizos». *Ibid.*, p. 245.
5. *Op. cit.*, p. 50.
6. Pero no se trata solo del repudio cultural al chagra, se ironiza también sobre ciertos espacios populares de la ciudad: «la taberna, ahí está; de ella se sacan legisladores. El cuartel semillero de diputados». Montalvo rechaza estos espacios urbanos porque además de no tener nada que ver con la «pluma» y el «libro», son el fermento de los nuevos liderazgos de ciertos sectores bajos en ascenso. *Ibid.*, pp. 77-78.

El ataque de Montalvo al «Quichuahispano», lenguaje híbrido del «chagra», hace evidente en el orden de la lengua, el rechazo del ambateño al proceso histórico del mestizaje cultural. Al igual que otros letrados del siglo XIX, Montalvo defenderá la tesis de que el mestizaje es causa de «degeneración» no solo racial sino cultural. En la base de la defensa purista de idioma, aparece, entonces, la defensa de la pureza racial. Esto se hará explícito en *Las Catilinarias* cuando en el combate de Montalvo a la figura de la tiranía, se junten el analfabetismo del tirano, por un lado; y sus nexos raciales y étnicos con los sectores subalternos, por el otro. Raza y lengua vienen amalgamadas la una a la otra: la raza es también un discurso sónico que se construye históricamente.⁷

A través de los «salvajismos» lingüísticos y culturales del chagra, Montalvo permite además ver hasta qué grado se ha ido configurando el ritual de la vida urbana «civilizada». Tal como afirma Norbert Elías en *El proceso de la civilización*, en el siglo XIX el concepto de «civilización» se ha vuelto parte sustancial y hasta inconsciente del proceso de la vida; «entre las clases alta y media de la propia sociedad, la *civilización* aparece como una posesión segura. Lo que se buscará a continuación, es difundirla y, en todo caso, continuar profundizándola en el marco de las pautas ya establecidas».⁸ Y si bien, paradójicamente, en sus últimos años, Montalvo se sentirá orgulloso del valor semántico de ciertos términos quichuas como *urcu* y *sacha*, ese interés provendrá de la valoración que prestigiosas universidades europeas como la Sorbona dará a las lenguas indígenas. Dice el ambateño,

Lengua que puede sujetarse a un sistema filosófico y tiene sintaxis, dejó de ser bárbara, y los hombres que la poseen han llegado a cierto punto de civilización y cultura. Las lenguas aborígenes del Nuevo Mundo, más que los vestigios de sus monumentos culturales y arquitectónicos, están declarando al siglo décimonono que los muiscas, los incas y tlascaltecas eran naciones que habían puesto ya los pies en el reino de las leyes, las artes y la literatura.⁹

En realidad, la valoración lingüística y cultural de lo indio se fusionará de manera romántica con la memoria del pasado y entrará en todo su apo-

7. Para Stuart Hall, por ejemplo, la raza es un «significante flotante» en el sentido de que es un «lenguaje» que designa significados no esenciales, sino flotantes, determinados históricamente.
8. Norbert Elías, *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 148.
9. Juan Montalvo, «Urcu, sacha», en *Obras escogidas*, 148, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, p. 187.

geo en el período que Pedro Enríquez Ureña califica de «organización»;¹⁰ en todo caso, el indio vivo nunca llegará a ser considerado ni civilizado ni poético. Una representación racista de las poblaciones indias y otros sectores étnicos aparece precisamente en *Las Catilinarias* –véase el capítulo cuatro–, a través del prisma de la lucha política. Montalvo usará la identidad étnica como «arma», esto es, una manera racista de denigrar, ironizar y ofender la figura del tirano en su vinculación con las otredades culturales. El uso político del «insulto», en este sentido, tan comentado por la crítica, aparece en la obra de Montalvo unido a los prejuicios, imaginarios sociales y dimensión cultural de la época, y no simplemente justificado por su función política inmediata. En *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, el mismo Montalvo comenta que

La espada de Cervantes fue la risa... pincha y corta, deja en la herida un filtro mágico que la vuelve incurable... La risa fue el arma predilecta del autor de *Quijote*, más no la única... en obras de ese género todo debe ir encaminado a la ironía burlesca y a la risa (17)

Entender la «ironía burlesca», la «risa», como el «arma predilecta» que Cervantes usó en sus obras, sugiere, entonces, redimensionar el lugar y función del «insulto» en *Las Catilinarias*. ¿No es la «risa», mucho más que el insulto, el «arma» letrada del ambateño? ¿Qué función cultural tiene la «risa» en *Las Catilinarias*? ¿No son las «ironías burlescas» contra el tirano una reminiscencia letrada, en el plano político, de aquellas afrentas y entuertos del ilustre Don Quijote de la Mancha? Tal como ha afirmado Mijaíl Bajtín en *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, la risa es un acontecimiento histórico. A diferencia de la risa carnavalesca en la cultura popular de la edad media en la que todo el pueblo reía y no había una diferenciación clara entre burlador y burlado, la risa moderna, la risa que precisamente hereda Montalvo del *Quijote*, es una forma de escarnio social; la risa moderna de *Las Catilinarias* no es solo una manera de insultar, maldecir, ironizar o cuestionar la tiranía, es también una forma cultural de *parodia* y *carnavalización* de la política, consecuencia de ese «mundo al revés», corrupto y analfabeto, de las tiranías.

En la excesiva admiración de cierta crítica por los «insultos sangrantes» del ambateño lo que se ha dejado de lado es la complejidad social, cultural, ideológica y discursiva que las letras, entendidas como armas de la civilización, tienen en su literatura. Montalvo, insisto, nunca entendió la producción estética separada de la lucha política. Por ello sus continuas expresiones

10. *Op. cit.*, pp. 141-164.

de «guerra» sobre el ejercicio de las letras. Entender su estilo castizo al margen de su politicidad es solo fruto de una lectura estereotipada y estetizante. En todo caso, en la defensa del casticismo como «arma letrada» es necesario explicar por qué la necesidad de Montalvo de hacer uso de Miguel de Cervantes, cuál es la función política y social que cumple la defensa purista del lenguaje, en específico, en este combate de la escritura.

Un primer acercamiento sugiere que el control sobre la gramática en el siglo XIX fue, según Julio Ramos, una forma de ejercicio de poder. En otras palabras, el culto a la gramática es el culto a la ley, a la normativa del *saber decir*. En palabras de Ramos:

La gramática no es solamente un registro del uso de la lengua, sino un aparato normativo que provee, partiendo del ejemplo de la «gente instruida» (aquellos con acceso a las letras), las leyes del *saber decir* (...) La gramática abstrae de las letras las leyes que podían disciplinar, racionalizar, el uso *popular* de la lengua.¹¹

Lo que se quiere, entonces, es tener control sobre la oralidad que se pensaba –en la idea de Andrés Bello– bajo el peligro de verse fragmentada en múltiples dialectos y lenguas, tal como le ocurrió al latín. La unidad de *una lengua común* era necesaria frente a la emergencia de una posible babel lingüística posterior a la independencia. Esta unidad, por lo demás, era solidaria con la integración mercantil y la misma consolidación de los estados nacionales. Roig ha puntualizado, sin embargo, algo más específico para el caso del Ecuador. El casticismo de Montalvo fue la expresión ideológica de los sectores terratenientes que buscaban una forma de neo-colonización de las «hablas» del vulgo; una forma de neo-colonización interna expresada a través del lenguaje, que a Montalvo le sirvió además para marcar su límite y distancia cultural con aquellos sectores analfabetos e ignorantes de la sociedad ecuatoriana.

En su defensa del casticismo, Montalvo divorcia *lengua* y *habla*, esto es, escinde las formas abstractas del legado lingüístico petrificadas en una gramática, de los usos históricos y específicos de los hablantes vivos de una comunidad. «Montalvo creía más en la lengua de los libros que en la que hablaba el pueblo»,¹² afirma Roig. La lengua castellana escrita en los libros de Cervantes, convertida en la imagen ideal del idioma, se separa así del acontecimiento del habla viviente, expresando en esta ruptura el proceso de «civiliz-

11. *Op. cit.*, pp. 46-47.

12. Ver en Arturo A. Roig, «El lenguaje como instrumento de dominación cultural», 1991, manuscrito, p. 5.

zación» que sufrirían los grupos sociales y étnicos subordinados y sumidos en la «barbarie». Tal como explica Elías, «hay un círculo reducido de gentes que conocen las delicadezas del lenguaje. El lenguaje que emplea esta gente es el lenguaje correcto. Lo que dicen los demás, no vale».¹³ En el siglo XIX, la misma nación ecuatoriana es una realidad jurídico-política de la escritura, solo accesible a los sectores alfabetos y las élites. Para Montalvo, en definitiva, la lengua de Castilla es la «reina de las lenguas», «la que Cervantes ha escrito para todos los pueblos de la tierra», la que debemos usar para «hablar con Dios».

Pero la simple afirmación del casticismo como un «lenguaje de dominación», tiende a desconocer, como sostiene Malcolm Deas en su estudio sobre los filólogos colombianos Caro y Cuervo, las motivaciones culturales e idiosincráticas de este apego a la lengua de Cervantes. Afirma Deas:

Es demasiado fácil ver en estos escritos nada más que la justificación de otro «idioma de dominación», de un idioma bajo el control de los eruditos y civilizados, que se utiliza para mantener a otros en su lugar, cuyas reglas son parte esencial del orden, en general. Habría más que decir en defensa de dichos idiomas, más de lo que actualmente está de moda sostener, pero el énfasis sobre la dominación también pasa por alto en ese caso una nota popular o, por lo menos, paternalista.¹⁴

Para Deas el entusiasmo gramatical y lexicográfico del siglo XIX fue la expresión de pueblos todavía inseguros culturalmente, que necesitaban reafirmar su identidad siendo más correctos en el idioma que la propia España. El purismo idiomático, según Deas, respondió a la conexión que tenía la lengua con el pasado español. Por ello la búsqueda de estos escritores se centró, y Montalvo es un claro ejemplo de esto, en la conservación de arcaísmos y viejas expresiones esencialmente españolas. El ambateño, en efecto, escribe en *Las Catilinarias* que «...los orígenes de la lengua de Castilla son las sabias (...) Ir a buscar términos cerriles de lenguas bárbaras para exoneración de una de las más pulidas y sennoras de los tiempos modernos, es delirio de insensatos o majadería de tontos».¹⁵ En suma, la conservación del lenguaje de Cervantes es un mandato casi religioso; para Montalvo, el culto a la gramática alcanza el rango de una «segunda religión». En un texto titulado sintomáticamente *Pro Lingua*, el ambateño escribe:

13. *Op. cit.*, p. 155.

14. Véase en Malcolm Deas, *Del poder y la gramática. Y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombiana*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1993, p. 49.

15. *Op. cit.*, p. 237.

Me gusta la vigilancia con que algunos literatos montan la guardia en el palacio del idioma; y cuando uno de estos vigías de penetrante vista nos advierte la presencia del enemigo, soy el primero en echar el arma al brazo e ir en defensa de esta segunda religión que se llama lengua pura, lengua clásica.¹⁶

Construir el orden social de la civilización señaló así directamente a la cultura española como modelo de las letras y la cultura. Montalvo, en este aspecto, es el escritor donde se hace patente una de las grandes paradojas de las emergentes repúblicas latinoamericanas: independencia política de España sí, pero con continuidad cultural. En la formación de este imaginario republicano neo-colonial, afianzado en España y sobreimpuesto a las poblaciones étnicas nativas, Montalvo manifiesta su mayor tragedia y paradoja: hacer de las letras un arma de guerra que cuestione las tiranías y corrupción, cuando su mismo lenguaje, tan culto y arcaizante, solo podía existir en los libros ajenos al pueblo.

En este *extrañamiento* con el lenguaje del pueblo-real, Montalvo parecería delatar algo más que el poder de dominar, la necesidad de construir una lengua nacional, el distanciamiento de la clase media propietaria que intenta representar o la existencia de una tradición cultural todavía inmadura, hay también aquí una realidad que proviene de su condición más personal y vital como escritor: su condición de exiliado. En efecto, es necesario preguntarse ¿qué marcas discursivas deja la condición del exilio de Montalvo sobre la escritura de *Las Catilinarías*? ¿Qué relaciones de sentido se establecen entre *exilio* y *escritura* en esta obra? ¿De qué manera el exilio como experiencia de extrañamiento y pérdida afecta lo que se dice pero también la manera cómo se escribe? En sus reflexiones sobre el exilio, Edward Said ha establecido una observación significativa que podría iluminar esta experiencia de exilio y escritura que aparece en *Las Catilinarías*.¹⁷ Para Said, citando a Adorno, en la experiencia del exiliado «la única casa disponible ahora, aunque frágil y vulnerable, está en la escritura»;¹⁸ aquí es donde el exiliado encuentra su «misión intelectual». Las letras son una manera de superar la pena terrible del extrañamiento «la pérdida de algo que se ha dejado atrás para siempre». Algo de esta experiencia, pienso, lleva también a Montalvo a su defensa de la lengua

16. Juan Montalvo, «Pro lingua», en *Obras escogidas*, 148, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, p. 268.

17. *Las Catilinarías*, valga la precisión biográfica, se escriben durante el tercer período de exilio que Montalvo tuvo en Ipiales, Colombia, primero; y en Panamá, después, entre 1880 y 1882, bajo la presidencia del que será el mayor personaje de su obra: Ignacio de Veintemilla.

18. Véase Edward Said, «Reflexions on exile», en Russell Ferguson (edit.) *Discourses: Conversations in postmodern art and culture*, Cambridge Mass., MIT Press, 1990, p. 365.

de Cervantes como último reducto imaginado de lo que otorga autoridad y pertenencia cultural en un momento en el que todo se pierde. Pero no pretendo dar aquí ninguna respuesta definitiva, simplemente quiero señalar que, más allá de los datos biográficos, de las referencias a fechas y eventos de la vida de Montalvo, el estudio de la dimensión discursiva de su condición de escritor exiliado es todavía tierra de nadie.

En cualquier caso, regresando a la idea de las letras como escenario de la lucha política, será precisamente aquí, en este espacio imaginado, donde la identidad letrada de Montalvo como escritor y la identidad soñada del pueblo ecuatoriano –ilustrado, católico, etc.–, podrán identificarse. En otras palabras, el escritor imagina un «público», unos lectores ideales que lo justifican. Para Cornejo-Polar, aquí es donde se cifra la «capacidad de la literatura de intervenir con mayor o menor vigor en la vida nacional, tanto en el rumbo de los grandes problemas cuanto en los asuntos de la vida cotidiana».¹⁹

A diferencia de la literatura colonial, que ante todo fue la expresión de los rituales y espectáculos del poder imperial, la producción literaria de la república se articula ahora a una nueva relación social: la formación de un público, simiente embrionaria y antecedente histórico de la «opinión pública» moderna. Explica Cornejo Polar que «el escritor se autoasume como representante y portavoz de la opinión pública, o de un sector de ella, y al mismo tiempo intenta modelarla y ocasionalmente movilizarla desde una determinada perspectiva y hacia una determinada dirección... aparece incisivamente penetrado por un público al que tanto dice representar cuanto desea especialmente formar y dirigir».²⁰ Para Montalvo, en efecto, la relación escritor-pueblo lector es asumida de forma condicional: «donde no hay un pueblo, no puede haber *un hombre*»,²¹ la voz del héroe necesita de aquellos que le creen, o mejor, lo *leen*.

Cito *Las Catilinas*:

Los grandes hombres mismos nada han podido ellos solos en ningún tiempo: cooperación, unión, impulso general necesitan para sus obras magnas. El hombre de la idea podrá llegar a ser héroe y libertador, si le sigue un golpe de gente apasionada: en no hallando quien le crea... ese hombre será la voz en el desierto.²²

19. Antonio Cornejo-Polar, «La literatura hispanoamericana del siglo XIX: continuidad y ruptura (hipótesis a partir del caso andino)», en Beatriz González Stephan, y otros (comps.), *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1994, p. 13.

20. *Op. cit.*, p. 14.

21. *Op. cit.*, p. 105.

22. *Ibíd.*, p. 105.

Esta función discursiva del escritor como portavoz de la opinión pública, o más exactamente, del pueblo ilustrado, supone en el caso del combate político, un proceso complejo de construcción de distintas identidades discursivas en lucha. Tal como lo explica Eliseo Verón, el portavoz del discurso político –el héroe letrado– solo se construye como tal en la medida en que se opone a un adversario –la figura del tirano–. Pero a la vez, el portavoz es precisamente «portavoz» en el sentido de que su identidad particular representa las voces de un grupo social extendido, un «nosotros» socialmente construido –la idea de pueblo–. En este juego discursivo de identidades políticas en lucha, el letrado deberá además apelar, o interpelar a ese «nosotros» del pueblo, a partir de la defensa y afirmación de ciertos valores generales; en el caso del discurso político de Montalvo: la ilustración, la moral, los valores cristianos y la defensa de la propiedad privada. En una famosa carta dirigida al presidente Gabriel García Moreno, Montalvo explica:

Mi causa es la moral, la sociedad humana, la civilización, y ellas estaban a riesgo de perderse en esta sangrienta y malhadada lucha. Los malos se habían alzado con el poder en este infeliz distrito, y la barbarie no sólo amenazaba, pero también obraba ya solamente la asociación civil.²³

En *Las Catilnarias*, parte de la estrategia discursiva de Montalvo como «portavoz» del pueblo ilustrado apela, además, a su personificación como figura redentora y liberadora: es la imagen de Jesús, referente mesiánico y profético por excelencia. La incomprensión que sufre el escritor, su sentido de sacrificio y martirio constantes, su búsqueda del bien común, su profundo y marcado cristianismo, el carácter profético de la ilustración que defiende, su oposición declarada al mal, el pecado y la tiranía, en fin, toda su auto-caracterización personal aparece como signo, estratagema, de esta figura religiosa anterior.²⁴ En realidad, el carácter combativo de la identidad letrada de Montalvo, que cierta crítica ha identificado con la defensa de la democracia ateniense, y los principios liberales de la Revolución Francesa y la Constitución de Estados Unidos, tiene a la vez una honda fundamentación religiosa. Cito *Las Catilnarias*:

23. Juan Montalvo, *Epistolario de Juan Montalvo*, Ambato, Ediciones Casa de Montalvo, 1995, p. 211.

24. «He perseguido desde niño la tiranía en el tirano, el crimen en el criminal, el vivo en el corrompido, yéndome tras la libertad y el bien de mis semejantes con tal ímpetu, que muchas veces estuve para quedarme en la estacada». *Op. cit.*, p. 289. «... yo me le voy a fondo al tirano, al delincuente, al indigno, y no así paulatinamente, sino de primer entrada; y los echo en tierra, y allí los tengo a mis pies quebrantada la cabeza, que den sus alaridos como Satanás». *Ibid.*, p. 343.

El que ama a Dios sobre todas las cosas; el que no jura su santo nombre en vano; el que le santifica y glorifica en su corazón; el que honra padre y madre; el que no mata con lengua ni con puñal; el que no hurta; el que no miente ni levanta falso testimonio; el que no codicia los bienes ajenos, ese es mi semejante, y con ése soy bueno y compasivo. Jesús lo era con todos, aún con los perversos, en cuanto eran capaces de arrepentimiento.²⁵

En su auto-representación como salvador «bueno» y «compasivo», Montalvo no solo ha influido en la recepción lectora de su misma crítica sino que ha sido responsable también de la creación de su propio mito. Aún más importante, el combate de Montalvo contra las tiranías de su tiempo nunca llegó a cuajar en un terreno propiamente político-institucional. A diferencia de otros patricios modernizantes, como Sarmiento que llegó a ser presidente de Argentina, Montalvo participará marginalmente en la política directa. Es en este contexto que la literatura «armada» del ambateño aparece no tanto como escenario de un combate polémico, sino como el ejercicio fallido o frustrado de su desempeño como hombre público, incapaz finalmente de materializar sus ideas políticas en un gobierno. Investirse bajo el manto simbólico del legislador para aleccionar al pueblo, moralizarlo, instruirlo, civilizarlo en la ley y el orden ciudadanos, resulta más bien un ideal, un sueño quijotesco producido por su misma literatura.

Si como piensa el semiólogo italiano Umberto Eco, todo texto proyecta siempre un lector ideal; o bien, un lector que todavía no existe, pues «escribir es construir, a través del texto, el propio modelo de lector»,²⁶ habría que preguntarse, entonces, ¿cuál es ese pueblo-lector-ideal de Montalvo en *Las Catilinarias*? El propio escritor responde: los «varones ilustres», los «amigos», los «indefensos», las «mujeres»; en definitiva, esa parte del pueblo destinada a ser tutelada, educada y protegida. Cito *Las Catilinarias*:

No tan insigne guerrero como los grandes capitanes que ganan batallas, pero yo también peleo y he peleado. He peleado por la santa causa de los pueblos, como el soldado de Lamennais; he peleado por la libertad y la civilización; he peleado por los varones ilustres, he peleado por los difuntos indefensos; he peleado por las virtudes, he peleado por los inermes, las mujeres, los amigos; he peleado por todos y por todo.²⁷

25. *Ibíd.*, p. 321.

26. Véase, Umberto Eco, *Apostillas al nombre de la rosa*, p. 54. Y también, «El lector modelo», en *Lector in fabula: la cooperación interpretativa en el texto narrativo*, España, Editorial Lumen, 1979, pp. 73-95.

27. *Ibíd.*, p. 194.

Con lo cual, lo que se sugiere implícitamente es que existe otra parte del «pueblo», una minoría privilegiada por la «razón» y las «luces», destinada a gobernar, a representar a los que son incapaces de pelear por sí mismos. Tal como explica Javier Lasarte, lo que el discurso letrado sobre la soberanía del pueblo justifica es el tutelaje y protección de la parte «ignorante» del pueblo a partir de la ley dictada por el pueblo racional, en definitiva, el letrado criollo.²⁸

Las milicias populares y el gobierno de las tiranías, sin embargo, hacen estallar en mil pedazos este tutelaje letrado, así como la autoridad y prestigio cultural de las letras. En *Las Catilnarias*, las *armas-iletradas* ganan la partida sobre las *letras-armadas*. La *escritura* aparece así, finalmente, como un lugar de derrota e imposibilidad de la república y pueblo soñados; y el letrado Montalvo, armado por su pluma, solo acierta ahora a desenvainarla para afirmar su racismo y elitismo en la lucha política.

28. Esta tesis se desarrolla en Javier Lasarte, «'Tú no eres él'. Diversidad de las representaciones del otro», en Beatriz González Stephan, y otros (comps.), *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1994, p. 226.

CAPÍTULO 4

La base social de las tiranías¹

Dejando Juan sus áridas colinas
y el polvoroso suelo de su cuna,
do en nudoso nopal crece la tuna,
coronada de innúmeras espinas,
Recorrió mil regiones peregrinas;
y mas alto pasara de la luna,
si tullido en el lecho, por fortuna,
no quedara en las márgenes latinas.
¡Oh tiempo mal perdido! ¡Oh desengaños!
Dejar las tunas, el nopal, la sierra,
por variar de costumbre y de teatro;
Y tras tanta fatiga y tantos años,
regresar de cuadrúpedo a su tierra,
quien, yéndose en dos pies, volvióse en cuatro.

Gabriel García Moreno,
*A Juan que volvió tullido de sus viajes
sentimentales.*

En *Las Catilinarias*, Montalvo afirma que existen dos clases de males para los pueblos: los divinos que provienen de Dios y son inmodificables; y los que tienen causas humanas, y por ello, como «los males que derivan de la tiranía tienen remedio». Un pueblo, piensa el ambateño, que se resigna a sus males humanos, que no levanta su voz de trueno ni su martillo contra sus tribuladores, merece su suerte. Para Montalvo, en suma, la tiranía solo puede

1. Los jefes del Estado ecuatoriano a los que nos referiremos cumplieron los siguientes períodos: José María Urbina, Jefe Supremo (24 de julio de 1851-17 de julio de 1852); Presidente de la República (6 de septiembre de 1852-15 de octubre 1856). Gabriel García Moreno, Presidente Interino (17 de enero-2 de abril de 1861); Presidente Constitucional (2 de abril de 1861-30 de agosto de 1865); Presidente Interino (17 de enero de 1869-16 de mayo de 1869); Presidente Constitucional (10 de agosto de 1869-5 de agosto de 1875). Antonio Borrero Cortázar, Presidente de la República (9 de diciembre de 1875-8 de septiembre de 1876). Ignacio de Veintemilla, Jefe Supremo (8 de septiembre 1876-26 de enero de 1878); Presidente de la República (21 de abril de 1878-26 de marzo de 1882); Jefe Supremo (26 de marzo de 1882-

existir en pueblos que la toleran.² Esto implica entre otras cosas, que la figura del tirano, más allá de su individualidad, puede entenderse como una representación «metonímica», de la personalidad social del mismo pueblo tiranizado. Gabriel García Moreno, Ignacio de Veintemilla, José María Urbina, Antonio Borrero, patentizan en *Las Catilinarias* los males humanos que el mismo pueblo ecuatoriano ya tiene por propios. «Para tal pueblo, tal tirano»,³ sentencia Montalvo. Se ve necesario sostener la tesis, entonces, de que Montalvo percibe la tiranía, más allá de la personalidad inmoral o corrupta del tirano, sobre la base de cierta forma social colectiva que le es consustancial, dado que «si el tirano fuera sólo contra todos, es claro que no existiera».⁴ El tirano simboliza y connota la corrupción de un cuerpo social completo. Cito *Las Catilinarias*:

Un hombre sólo... (el tirano) Y no ha habido opresor más acompañado y apoyado: clérigos y frailes, todos suyos (...) ¿Y los soldados? a fuerza de látigos y dinero, todos suyos.⁵

Entendida así, la tiranía deja de ser el mandato de «un hombre sólo», como buena parte de la crítica sobre *Las Catilinarias*, ha sugerido. Juan Valdano, por ejemplo, defiende la idea de que la tiranía representa un «desorden de pasiones» personales y afirma que «Juan Montalvo al defender en 1880 una concepción moral del poder, demostraba en sus ideas un rezagamiento de por lo menos dos siglos».⁶ No lejos de este argumento, Benjamín Carrión sitúa a Montalvo en la defensa de un «romanticismo dominado por la pelea política, por el combate contra la usurpación, contra la tiranía»,⁷ es decir, contra los tiranos como figuras individuales. Plutarco Naranjo interpreta la crítica de Montalvo a los tiranos como «personajes», esto es, una vez más, una caracte-

10 de enero de 1883). Datos tomados de Enrique Ayala Mora, *Resumen de historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1995, pp. 148-149.

2. «La maldad de un gobernante puede consistir en su propia naturaleza; del ejercicio de ella, *los que padecen en silencio son culpables* –el subrayado es mío». *Ibid.*, p. 82. «No de otro modo los pueblos de largo tiempo esclavos vienen a connaturalizarse con las inmundicias de la servidumbre, y les falta pecho para el aire fuerte de la libertad». *Ibid.*, p. 102. «¡Viva el jumento! gritaron en un arranque de frenesí divino; y el jumento fue jefe supremo». *Ibid.*, p. 106. «¿Qué sería de los pueblos pequeños y desgraciados, si por desprecio a sus verdugos los dejásemos en sus garras sin tiempo ni esperanza?». *Ibid.*, p. 17.
3. *Ibid.*, p. 207.
4. *Ibid.*, p. 270.
5. *Ibid.*, p. 271.
6. *Ibid.*, pp. 40-41.
7. Véase Benjamín Carrión, «Prólogo», en Juan Montalvo, *Las Catilinarias y otros textos*, Venezuela, Biblioteca Ayacucho, No. 22, 1977, p. xvii.

rización de tipo psicológico-individual. Valga recordar, sin embargo, el oportuno reclamo que hacía Roig sobre la necesidad de una interpretación que tome en cuenta la base social-militarista de los tiranos y no solo su crítica individual o moral;⁸ y aún, de manera más radical, diría yo, que tome a esos tiranos como un «tropo cultural» de cómo Montalvo pensaba la sociedad y cultura ecuatorianas del siglo XIX.

El enfrentamiento a las tiranías revela, en definitiva, dos «formas de gobierno» antagónicas, dos «naturalezas» y «principios» de gobierno diferentes. Uno, el del despotismo que en los hechos impera; y otro, el de la república, ideal político del escritor. Tomada como concepto, la tiranía aparece en *Las Catilnarias* como el gobierno en que uno solo gobierna, sin ley ni regla, y a todos les impone su voluntad y capricho. El gobierno de la república es, por otra parte, aquel en que el pueblo en corporación o una parte tiene el poder soberano.⁹ Montalvo identifica a la tiranía con la desigualdad ante la ley, y a la república con la igualdad de derechos y obligaciones —la idea de pueblo como armonía de las clases sociales—. Esta concepción social de la tiranía, que se ajusta de manera moderna a la tradición de las ideas políticas del Barón de Montesquieu, aparece nítidamente señalada en *Las Catilnarias* cuando el ambateño comenta,

Los cuerpos colectivos o potestades que gozan de independencia absoluta sin sujeción a una regla general ni a un inspector superior, son un Estado en otro Estado, y esta incrustación destruye, con la anarquía, la forma de gobierno, al paso que vuelve imposible el orden, sin el cual no hay sociedad humana. Si el juriconsulto condecorado con la banda presidencial hubiera tenido noticia del *Espíritu de las Leyes*, no hubiera echado así por el atajo, poniendo de manifiesto de repente la sangre de su alma dormida en el miedo, no menos que su ignorancia de las leyes que mantienen y salvan las naciones.¹⁰

El llamado de Montalvo a la ilustración del pueblo, a la «regeneración» del clero, el ejército y la sociedad civil, lo que intenta cambiar entonces es esa «base social del miedo» que da fundamento a la tiranía y corrompe *El Espíritu de las Leyes*. Por ello, desde la tribuna de las letras y la opinión pública de la imprenta, Montalvo convoca a la «virtud» del pueblo, entendida ésta como el respeto a las leyes y la consagración del individuo a la comuni-

8. *Op. cit.*, pp. 31-32.

9. Esta idea de Montalvo, que pertenece a Montesquieu, cuestiona el carácter únicamente in-moral de la tiranía. Véase en Raymon Aron. «Charles-Louis de Secondat. Barón de Montesquieu», en *Las etapas del pensamiento sociológico*, Buenos Aires, Siglo XX, 1970, p. 39.

10. *Ibíd.*, p. 292.

dad.¹¹ Y dado que ese respeto a las leyes permite «el orden, sin el cual no hay sociedad humana», las leyes representan la justificación ideológica necesaria por la cual cada clase o estamento social está obligado a cumplir con su función asignada en la producción; el traspaso de las leyes es, en una lógica de regulación económica, un atentado a los derechos y privilegios de los propietarios: una violación al sistema de propiedad privada, sagrado para Montalvo.¹²

Solo dentro de esta lógica de argumentación es entendible cómo siendo Montalvo un ferviente católico se ponga de manera tan venenosa y satírica al mismo clero.¹³ Y es que el clero, o más exactamente el clero corrompido por la tiranía, traiciona en la inmoralidad y pecado la misma doctrina religiosa. Frente a esta «barbarie clerical», el ambateño se erige no tanto para la destrucción de la iglesia, sino antes bien su reforma. Los verdaderos cristianos, cree, jamás han sido verdugos de los mismos católicos. Lo que Montalvo busca es un reencuentro de la institución religiosa con su propia doctrina, una profunda moralización de sus hombres y una alianza que una la fuerza del púlpito a la lucha contra los tiranos.¹⁴ Y para lograrlo, piensa Montalvo, ¿quién mejor que los mismos santos primitivos, los Padres de la Iglesia, para reencontrar el camino de virtud perdido? Cito *Las Catilnarias*:

Padres de la Iglesia son los hombres venerables que la han sostenido con el saber y la virtud, el amor y el sacrificio, siempre, y siempre contra los tira-

11. Tal como afirma Raymon Aron, «Si en la república la virtud es el amor a las leyes, la devoción a la colectividad, el patriotismo, para emplear una expresión moderna, en último análisis desemboca en cierto sentido de la igualdad. Una república es el régimen en el cual los hombres viven por y para la colectividad, en el cual se sienten ciudadanos, porque implica que son y se sienten iguales unos a otros» (63).
12. La justificación de la propiedad privada para Montalvo, como afirma Roig, tiene que ver con su misma pertenencia a un «estrato social medio –que en alguna ocasión el propio Montalvo definió como ‘estado llano’– compuesto de pequeños comerciantes, pequeños agricultores propietarios y el sector artesanal de los maestros». Véase, *El pensamiento social*, p. 100.
13. Cito algunos pasajes significativos de *Las Catilnarias*: «Ignacio Veintemilla, quién lo creyera, tiene por rodrigones a jesuitas, descalzos y frailes de todo linaje, y con tal imprudencia e impudencia le apoyan éstos, que un *grano de guisante* sube al púlpito, y pronuncia oraciones personales, y fulmina, de su propia autoridad, excomuniones sobre los que tenemos la mira puesta en la salvación de la República» (209); «Bien así como en las selvas cálidas pululan culebras, alacranes y toda clase de sabandijas venenosas, así los hábitos del capuchino viven y procrean esos serafinillos resplandecientes que se llaman pecados capitales» (283); «¿Hijas todas de un mismo padre? volví a preguntar. Sí, señor: todas cuatro somos hijas del señor cura» (306).
14. Véase también el episodio que Montalvo escribió en *Los Siete Tratados*, «El cura de Santa Engracia», donde expone, a manera de breves historias, su comprensión del cura perfecto: amante del prójimo, caritativo, humilde, moderado, metódico, en fin, su figura del «sacerdote evangélico, el cura perfecto».

nos de la Iglesia y de los pueblos... Sacerdote prevaricador, esbirro de sacristía que prefiere la opresión con los opresores a la libertad con los pueblos; el crimen y los vicios con los malvados, a la justicia y la pureza con los apóstoles, no es Padre de la Iglesia (209).

Profundo católico creyente y a la vez, liberal militante, Montalvo defiende, he dicho, una posición que podría denominarse «liberalismo católico» o «romanticismo liberal». Esto es, si bien por un lado, defiende el progreso, los valores de la ilustración francesa, la separación de la iglesia del poder del Estado, la libertad de pensamiento y de imprenta; no deja por el otro, de afirmar la espiritualidad, la fe, los valores y doctrina de la religión católica, la necesidad social del clero: «... tengo al clero por parte esencial de una sociedad bien organizada: lo que pido es clero ilustrado, recto, virtuoso, útil; no ignorante, torcido, lleno de vicios, perjudicial» (8-9), afirma en su *Mercurial Eclesiástica*. En realidad, ahí donde la ilustración europea tendió a separar el ordenamiento del mundo y la sociedad, del universo de la religión –sobre todo bajo el impacto de la revolución científica de Newton, divulgada luego por Voltaire–; Montalvo sigue fundamentando las leyes, el orden social y la producción económica en Dios. Bien podemos imaginar al ambateño, hacia las últimas décadas del siglo XIX, pensando la opción de una «física bíblica», tratando de conciliar las tres dimensiones del espacio con la Santísima Trinidad.

Además de la reforma al interior del clero corrupto, Montalvo buscará también, y de manera fundamental, la «regeneración» del ejército: fuente y sustento material de las tiranías. Situado el ambateño en un contexto epocal donde el territorio nacional ecuatoriano era todavía ambiguo y difuso o en la acepción de Benedict Anderson, era apenas una «comunidad imaginada»;¹⁵ con un aparato estatal en construcción y una escasa integración política, era lógico que el ejército se convirtiera en el efectivo garante de la soberanía del país. El ejército fue el llamado a integrar por la fuerza la sociedad ecuatoriana de la época y el que, por necesidad histórica, tenía las mejores condiciones para ejercer el poder político, si bien en tanto que institución organizada, simplemente todavía no existía. Al respecto resulta significativa la descripción que un viajero hace de un destacamento militar en 1851:

15. El concepto de «comunidad imaginada» de Anderson, ilumina la pretensión de Montalvo de organizar un pueblo ilustrado que sea fundamento de la nación ecuatoriana. Una nación, por supuesto, de leyes y letras, pero inexistente todavía en la geografía y instituciones existentes. Véase en Anderson, *Comunidades imaginadas*; y también, Oszlak, *Formación histórica del Estado en América Latina: elementos teórico-metodológicos para su estudio*.

No se podría imaginar espectáculo más extraño, más colorido, más harapiento, que un destacamento de tropas ecuatorianas en marcha. Los hombres están armados de cualquier manera, vestidos con casi todas las modas. Unos llevan fusiles, otros lanzas (...) La mitad de la banda estará cubierta por abrigos grises, la otra mitad sin ninguna clase de uniforme, tener zapatos será privilegio de unos pocos, caminar descalzo el destino de la gran mayoría (citado por Marie-Danielle Demélas y Yves Saint-Geours, *Jerusalén y babilonia*, 188).

Lo que el culto y «noble espíritu» de Montalvo desprecia y a la vez teme de esas milicias que organizan los tiranos es justamente esa barbarie de hombres «harapientos», «descalzos», «armados de cualquier manera», llevando «fusiles» o «lanzas». Es ese otro pueblo, vulgar, ignorante, que según Montalvo merece el desprecio y el azote cuando es servil, el que las tiranías van a movilizar a la superficie de la vida social y el que, como veremos enseguida, permite que indios, negros y «chagras» tomen la ciudad de las letras por asalto.

LA BARBARIE CULTURAL: «CHAGRAS», «NEGROS» Y «TIRANOS»

La presencia del «otro cultural» aparece de una manera casi siempre indirecta o velada en *Las Catilinarias*. Pero es justamente esta carencia o «hiato» de una enunciación tácita y directa sobre lo étnico lo que justamente vuelve significativo el texto de Montalvo: la manera en que los sujetos denominados «indios», «chagras» y «negros» existen no como entidades referidas a sí mismas sino ante todo bajo el prisma de la lucha política contra los tiranos; en otras palabras, en Montalvo, el combate político está «racializado», lo étnico es un campo imaginario de la lucha política contra las tiranías.

En *Las Catilinarias*, la representación social de la identidad mestiza tiene un personaje central: el «chagra». Para Montalvo, el chagra representa, lo hemos visto en el capítulo dos, esa mezcla confusa y contradictoria de los mundos culturales, indígena y europeo, enfrentados. Al «chagra», mestizo rural o campesino de hacienda, Montalvo lo identifica con un estado de barbarie cultural caracterizado por sus malos usos del lenguaje y su falta de educación. «El chagra dice **piti** en lugar de poco, responde **jau!**, cuando le llaman», ironiza Montalvo. En otros pasajes se afirmará, además, que el «chagra» no sabe «qué hacer de la cara y las manos: come con el cuchillo, hiere el pan con

la cuchara, se limpia los labios con el poncho», «la loza blanca no ha entrado todavía en el palacio del Chagra».¹⁶

Este desprecio cultural al «chagra», así como el dirigido a las poblaciones negras e indígenas en general, tiene que ver, entonces, con la manera cómo Montalvo demarca el orden de la cultura: adentro de ella, los que saben leer y escribir, los hombres de virtudes, de ilustración pública y moral cristiana; afuera de ese pequeño círculo, los analfabetos, los ignorantes, el vulgo insignificante, los «otros» considerados culturalmente bárbaros.¹⁷ Esta es, sin duda, una definición elitista de la cultura, esencialmente letrada. Y es que para Montalvo, dicha cultura letrada será la portadora de la civilización y el fundamento, en último término, de la soberanía «racional» del pueblo. De ahí que para un pueblo virtuoso e ilustrado sea lógico y necesario que únicamente la parte sensata y racional de la sociedad sea la que gobierne. Y es el letrado criollo, hemos dicho, el que representa, custodia y tutela a esa parte «ignorante» y analfabeta.¹⁸

Las dictaduras corruptas, sin embargo, hacen estallar en mil pedazos la segura frontera con que Montalvo delimita estos territorios imaginados. La distancia social y cultural que opone la civilización a la barbarie se pierde. Los sectores étnicos son movilizados hacia las ciudades para conformar las milicias y los batallones: ellos son la fuerza de choque y el origen del terror a las tiranías. Es, en este contexto, que la figura del «chagra» deja de ser la del individuo civil para convertirse en la del «soldado», el «jefe», el coronel.¹⁹

El chagra-soldado, chagra-jefe combina mal las piezas de su vestido: pantalón blanco, chaleco de grana, levita verde, sombrero de copa alta ó chistera, y hasta guantes de hilo se pone el macabeo (77-78).

16. *Op. cit.*, p. 50.

17. La distinción de Montalvo entre un «adentro» y un «afuera» de la cultura es particularmente notoria en su ambigua manera de conceptualizar al pueblo. Unas veces, el «pueblo» será definido, al interior de la cultura, por su acceso a la ilustración, la educación y la moral religiosa; en otras ocasiones, el «pueblo» designará a los sectores subordinados afuera de la cultura, los sectores barbarizados, ignorantes, corruptos.

18. Para un desarrollo de esta tesis, véase, Javier Lasarte, «Tú no eres él. Diversidad de las representaciones del otro», en Beatriz González Stephan, y otros (comps.), *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*.

19. Dice el ambateño en sus *Catilinarias*, «En Tungurahua uno de esos palurdos que llamamos **chagras**, disfrazado de **jefe**, sale un día, víspera de elecciones, y, 'juego mochachos!' hiere, dispersa liberales, mata a un joven distinguido» (77); «El chagra llega a ser coronel, Dios misericordioso. Al que le dice 'Mi coronel', es capaz de darle un ojo de la cara, aun cuando sea tuerto» (78).

Montalvo pregunta: ¿cómo un bárbaro que no sabe hablar, ni vestirse, ni comer, puede ser jefe militar? La investidura militar que convierte al «chagra» en soldado es un disfraz, un absurdo y, ante todo, un peligro real, una impostura que tiene como origen la ignorancia y abusos del tirano que se llama Ignacio de Veintemilla. En *Las Catilnarias*, Montalvo va establecer, entonces, una relación mimética, tropológica, entre los «chagras» convertidos en milicias y la figura de Veintemilla que recibe su apoyo. «Fuera del color, todo es indio en esa fea, desmañada criatura». «Ladrón... Traidor... Asesino... *chagra desafortado tan perverso como ignorante*»²⁰ –mi cursiva–, afirma el ambateño.

No lejos de esta representación del «chagra», la presencia de los negros –en los singulares pasajes en que aparece–, esta considerada como la figura de los «bandidos»; los que ponen con sus lanzas «la vida de los ciudadanos en un hilo»; los que viven «por misericordia de Dios»; violentos en sus fiestas de la marimba «si la policía no da sobre ellos»; son «¡Gallinazos!» que con su música y su canto «asesinan el alma» de quien los escucha. Figura del mal y guardia protectora del tirano José María Urbina, el negro aparece en la ciudad, se hace su dueño.²¹ Cito *Las Catilnarias*: «Así andaban en Quito los negros de Urbina, con sus lanzas por los alrededores de la ciudad, y la vida de los ciudadanos en un hilo» (143). La ciudad, lugar de la composición del orden ciudadano y letrado, aparece ahora barbarizada por las milicias de lo «otro», lo carente de razón, lo sin cultura o ley social.

Paralela a la *Ciudad Letrada*, conceptualizada por Ángel Rama²² aparece *la ciudad de las lanzas*: Montalvo denuncia que las escuelas y los colegios han sido tomados como cuarteles; las elecciones y la democracia han sido burladas; y el derecho de propiedad privada esta pendiendo de un hilo. Las milicias de las tiranías son, pues, el mecanismo propicio para el ascenso social de las clases bajas, y gracias a ello, una amenaza a las fronteras de la cul-

20. *Ibid.*, pp. 319 y 348.

21. Cito *Las Catilnarias*, «La ley sagrada del asilo es hollada por los cholos con gorra, por los negros: el general en jefe lo manda... contra el general en jefe no hay ley humana ni divina» (130); «... el asesino (Montalvo se refiere a un negro) apagó sus blasfemias, se humilló, y clamó por su lanza. ¡A su cuartel! le dijo mi hermano, entregándosela, tómalala el negro, y empezó a escoger entre nosotros con la vista a cuál despanzuraría desde luego» (143).

22. En la acepción de Rama, *La ciudad letrada*, en tanto construcción simbólica de las letras, forma variadas redes y niveles de poder que solidifican y excluyen a los distintos grupos humanos dentro de un espacio social. Así, si por un lado, se legitima el orden jerarquizado de los letrados como consumidores finales de su propia producción; por el otro, esa producción se percibe segregante, imposible de ser consumida por aquellos que desconocen el complejo lenguaje de las leyes, las ordenanzas, los sermones, etc. Estos sectores marginales externos son entonces lo que la *Ciudad letrada* demarca en el más allá de sí misma, en la barbarie de la *ciudad real*.

tura letrada. Las tiranías implican una inversión de lugares en el cosmos social: ellas representan la barbarie política que gobierna la ilustración; la inmoralidad conduciendo a la virtud; los analfabetos dando su ley a la república de las letras.

Y así como Montalvo había cuestionado las formas vernáculas del habla popular –véase el capítulo dos– ahora su lenguaje purista y la ley de la gramática son la vía regia que el escritor encuentra para cuestionar la barbarie política. Cito *Las Catilinas*

Ignacio no sabe sino poner su nombre, dijo un amigo íntimo suyo; y eso porque yo le enseñé a viva fuerza, matándome dos meses en grabarle esos cuatro caracteres en la memoria (...) el jefe supremo piensa que el signo de la *i* segunda es la *o*, y escribe: Ignacio de Veintemolla (203).

¿Qué clase de hombre es incapaz de escribir y deletrear su propio nombre? La respuesta es obvia: un analfabeto. Pero si ese hombre se llama Ignacio de Veintemolla, José María Urbina o Antonio Borrero, y es presidente de la República, entonces no se trata solo de un analfabeto. Porque intentará bajo el engaño, argumenta Montalvo, impresionar con sublimes discursos; querrá ser el más culto y educado; ser el gestor insigne de una historia escrita en los libros que él no puede leer; supondrá conocer las leyes de la patria que es incapaz de escribir; en fin, pretenderá desde su barbarie e ignorancia ser guía de ilustración y virtudes para el pueblo. En la connotación simbólica que conlleva la incorrecta escritura del nombre propio, Montalvo develará la arbitrariedad y abusos del tirano.

Entrando una tarde el ministro de Chile al cuarto de escribir del presidente, le halló en medio de sus secretarios que dictaba tres cartas a un tiempo, como Juliano el Apóstata. Al ver al diplomático, se vuelve magistralmente a sus taquígrafos, y dice: Esa «i» está por demás; suprímanla. Uno de los secretarios lee despacio: «dos soldados de caballería...» Esta «i» es necesaria, señor presidente. —Pues quítale un punto. —No tiene más que uno, excelentísimo señor. —Ese uno está demás; ¡quítelo usted!... punto, acento, i en cuerpo y alma fueron barreos y suprimidos de orden de su excelencia el presidente de la República, y así fue la carta del gobernador del Guayas: «dos soldados de caballera...».²³

Para Montalvo, solo el abuso disparatado del que cree saber, la corrupta violación del orden lingüístico como modelo sinónimo del orden social, y la ignorancia prepotente, pueden escribir «correctamente», contra el orden del

23. *Ibíd.*, p. 205.

lenguaje, el nombre del tirano: Ignacio de Veintemilla. En su barbarie lingüística, remarca el ambateño, el presidente Veintemilla se inventará además una tradición familiar, un abolengo de la sangre europea. «Ignacio de Veintemilla vive pirrándose por ser noble (...) no está lejos el día en que criados de librea le anuncien de este modo: ¡Su excelencia el señor conde de Veintemilla!».²⁴ Los nombres propios, sello cultural y familiar sagrado para Montalvo, comunican las hazañas de la valentía e inteligencia personal, e inclusive, el significado religioso de una historia sagrada centrada en la autoridad de la Biblia.

Dice Montalvo de García Moreno:

García Moreno, Gabriel os llamáis: nombre dulce y puro, nombre de ángel, que suena armonioso, en los labios de Dios cuando nombra a su predilecto: Gabriel, amigo mío, ¿por qué quieres matarme? ¿por qué quieres matar a tantos hermanos tuyos? ... El ángel Gabriel no mata; ... el ángel Gabriel no levanta el cadalso y se pone a un lado simbolizando la muerte en forma de aterrador espectro...

¿Por qué te llamas así? León se llama el león, paloma la paloma: ¿por qué te llamas Gabriel? Tú no tienes en la diestra la espada del Señor; tú andas con lanza y edificas el cadalso...²⁵

Ironizar sobre la falsa etimología del «nombre del tirano», lo que cuestiona es la arbitrariedad existente entre el nombre y la persona; el significado connotativo del signo y su referente. En el gesto discursivo que pregunta: «¿por qué te llamas Gabriel?», Montalvo hace del nombre un símbolo. Y, como todo símbolo, debería tener alguna motivación en la cosa designada. Los nombres de la usurpación y el engaño son también hijos simbólicos de la barbarie tiránica. Abolengo surgido del engaño y no de la cultura, el ambateño mostrará el risible rostro de dónde surge la nobleza: el «feldmariscal von Veintemilla», nativo de Cayambe, es nieto de mayordomos rurales; Antonio Borrero, hijo de noble abolengo, hereda su grandeza de la «chicha», su bebida india predilecta; José María Urbina, en cambio, ¿quiere ser de Londres, de París, de Viena?, pero ni siquiera los cholos de San Blas lo quieren.²⁶

24. *Ibid.*, p. 309.

25. Montalvo citado por Antonio Sacoto Salamea, *Juan Montalvo: el escritor y el estilista*, Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1987, p. 28.

26. «El pobre Ignacio Jarrín, oriundo del pueblo de Cayambe, nieto de mayordomos rurales, es hoy Ignacio de Veintemilla: no tardará en ser feldmariscal von Veintemilla». *Ibid.*, p. 309. «Aquí no, aquí somos nobles de confianza con orejas de burro y pies de *chagra*, como el señor general don Ignacio Jarrín de Borbón». *Ibid.*, p. 311. «...hacen de su nombre un trapo los menguados que, a falta de méritos personales, se engalanan con los sueños de la vanidad». *Ibid.*, p. 312. «... nosotros vamos a regirnos, en el asunto de la nobleza de don Antonio, por el género de sus bebidas predilectas». *Ibid.*, p. 323. «... don Antonio Borrero no me persua-

En definitiva, el nexo de lo étnico con lo político y específicamente, con el gobierno analfabeto de las tiranías, nos lleva a pensar cómo éstos dos ámbitos al hacerse parte de la barbarie, se asimilan el uno al otro. La lucha política contra la tiranía, en este sentido, se etniza, adquiere características racistas. Este hecho, como demostraré, permite distinguir culturalmente dos tipos de tiranos.

UNA CARACTERIZACIÓN ÉTNICA DE LOS TIRANOS

En efecto, cabe preguntarse ¿cómo el desprecio cultural y el racismo de Montalvo hacia los sectores étnicos cruza sus caminos, determina y modifica su relación combativa con las tiranías? Releídas las tiranías desde la diversidad étnica que Montalvo desprecia, es notoria la diferencia entre dos clases de tiranos: el analfabeto salido del cuartel, «ladrón, glotón, traidor, ignorante, asesino, todo», representado en las figuras de Urbina, Borrero y Veintemilla, especialmente; y, por otro lado, el del tirano letrado, inteligente, audaz, impetuoso, católico, que se llamó Gabriel García Moreno.

A boca llena y de mil amores llamaba yo tirano a García Moreno; hay en ese adjetivo uno como título: la grandeza de la especie humana, en sombra vaga, comparece entre las maldades y los crímenes del hombre fuerte y desgraciado a quién el mundo da esa denominación. Julio César fue tirano, en cuanto se alzó con la libertad de Roma, pero ¡qué hombre! inteligencia, sabiduría, valor, todas las prendas y virtudes que endiosan al varón excelso (83).

Si la tiranía es la barbarie militarista que rompe el estado de convivencia humana que imponen las leyes, esa barbarie, a su vez, tiene una base cultural ambivalente: en el caso de Urbina o Veintemilla, sus figuras se asimilan al mundo social más bajo: el del indio, el chagra o el negro.²⁷ Mientras que a García Moreno, el dictador letrado, se lo compara y admira «de mil amores» con Julio César o Napoleón Bonaparte.²⁸ Resulta, entonces, que la dife-

dirá jamás que, bebiéndose un galón de chicha por día, pueda blasonar fundadamente su abo-lengo». *Ibid.*, p. 328. «... allá va Urbina... Cierran las puertas. Pobre grande hombre, no tiene pueblo; ni los cholos de San Blas lo quieren; lo niegan, lo repudian». *Ibid.*, p. 134.

27. «Piensa éste (Urbina) que la historia sale del lupanar, o que él la ha de hacer escribir con uno de sus capones, de sus negros?». *Ibid.*, p. 139.

28. «Dije que Ignacio Veintemilla no era ni sería jamás tirano; tiranía es ciencia sujeta a principios difíciles, y tiene modos que requieren hábil tanteo. Dar el propio nombre a varones emi-

renciación existente entre «analfabeto» y «letrado» se instrumentaliza políticamente. La cultura letrada de Montalvo, deslizándose al interior de la barbarie tiránica para combatirla, provoca, por un lado, formas de exclusión social, de desigualdad, a fin de cuentas de segregación racial: «Veintemilla, ignorante como un indio»;²⁹ por otro lado, Montalvo crea una identidad europea, letrada, culta. Afirma el ambateño en sus *Catilinarias*, «La tiranía de la fuerza mil veces antes que la corrupción; el despotismo del genio, no el de los vicios».³⁰

La figura de un «tirano letrado» resulta así de lo más interesante; es a fin de cuentas como la existencia de un «orden» barbarizado; un mundo político de lo ilegal que rebasa, al interior del mismo Estado, el orden simbólico de la ley proyectado por la Constitución. El «despotismo del genio» de García Moreno es la aceptación de la barbarie en la civilización.

En este sentido y si esta distinción cultural es válida, es necesario repreguntar a toda una tradición de lectura: ¿hasta dónde, efectivamente, existió una relación polémica entre el combativo Montalvo y el tirano letrado García Moreno?, ¿Cuál fue el horizonte ideológico y cultural común que compartieron estos dos enemigos políticos? Comparados, estos dos «mitos» de la historia nacional ecuatoriana tuvieron profundas similitudes ideológicas: su formación francesa que coincide en algunos autores y corrientes de la época (de Maistre, el romanticismo de Lamartine); su carácter letrado (ya que García Moreno fundó cinco periódicos de efímera edición, fue escritor de poesía, articulista, autor de sinnúmero de proclamas y mensajes); su mutua lejanía del idealismo filosófico y, a la vez, profundo pensamiento católico; coinciden, además, en la percepción de algunos de los problemas más importantes de su época: necesidad de la instrucción popular, reforma de la iglesia y el ejército, y la afirmación de los valores religiosos en el pueblo. Y en su fanatismo, ¿no ejerció Montalvo en su vigilancia policíaca del lenguaje castizo la misma violencia y fanatismo que García Moreno con la religión en el Estado?

En suma, resulta estrecha y limitada la lectura de Montalvo como gran figura del combate político en contra de las tiranías; su crítica racista a Veintemilla y Urbina, por un lado, y de admiración y elogios al tirano García Moreno, por el otro, delatan su propia condición como escritor. Si Montalvo dijo defender al pueblo ilustrado de la corrupción de la tiranía y se abanderó en sus letras del respeto a la ley, la libertad y el orden ciudadano, lo que realmen-

entes, como Julio César en lo antiguo, Bonaparte en lo moderno; como Gabriel García Moreno, Tomás Cipriano de Mosquera entre nosotros» (92).

29. *Ibid.*, p. 112.

30. *Ibid.*, p. 151.

te defendió al final fue un agudo desprecio a los sectores étnicos y populares existentes.

Montalvo vio al efectivo pueblo ecuatoriano como corrupto y bárbaro, y al fin y al cabo, terminó en defensa de una sociedad desigual, donde ni indios, chagras, negros, tiranos ignorantes o las mujeres, como explicaré a continuación, tuvieran sus mismos privilegios de príncipe de las letras.

CAPÍTULO 5

«Nosotras no queremos ser legisladoras»

Los pasajes que el lector puede encontrar en *Las Catilnarias* sobre la imagen de la mujer son escasos pero significativos; y marcan, sin duda, una línea de lectura inesperada, si bien relacionada, con la figura de los tiranos como «tropo cultural».

Al final del séptimo panfleto se encuentra un texto fascinante. Se trata de un discurso que el ambateño escribe a pedido de una niña de diez o doce años que participará en un certamen de oratoria y no sabe qué decir. En él, Montalvo, asumirá una voz femenina y expondrá lo que «nosotras», las mujeres, «deseamos y pedimos» de la ilustración social.

En el pequeño preámbulo que el ambateño introduce para el lector y justifica su uso de una voz andrógina, femenina, se sintetiza el mismo discurso posterior. La niña, símbolo del «estado de infancia» en que se considera a las mujeres en los asuntos públicos, necesita la voz, la tutela y autorización del hombre de letras para *decir* un discurso. Lo que se postula, entonces, es ese *saber de la lengua* del letrado masculino como opuesto al no-saber-qué-decir de la mujer. En suma, escribir el discurso por/para la niña no solo convierte la subjetividad de la niña –su identidad social y voluntad– en la «depositaria» del discurso letrado masculino sino en un *sujeto-sujetado-a tal discurso*.¹

El discurso de Montalvo empieza estableciendo, entonces, la normativa de ese decir ilustrado femenino:

El menosprecio o el descuido tocante a la cultura del sexo femenino, por la fuerza refluye sobre los hombres, atrasándolos y volviéndolos toscos e ignorantes. Donde las mujeres son instruidas, los varones son sabios; donde ellas

1. Aludo, por supuesto, a Michel Foucault en su crítica a la existencia de una subjetividad moderna, libre y auto-determinada. Para Foucault, la subjetividad es un producto, no un a priori ni una esencia anterior a las determinaciones –interpretaciones las llamaría Althusser– de los saberes y los discursos. La pretensión del letrado masculino es así, constituir desde su misma interioridad, la identidad y rol de la mujer. La función ideológica de la ilustración femenina, en este sentido, resulta fundamental. Véase, Michel Foucault, «El sujeto y el poder», en *Revista mexicana de sociología*, México, L, (3), 1988.

son honestas, ellos son pundonorosos; donde ellas son inteligentes, ellos son activos y trabajadores.²

En la visión de Montalvo, la mujer, ser subordinado al objetivo de la crianza del hombre, necesita ilustrarse para precisamente cumplir con esta función de manera más eficiente. Resulta singular que no lejos de esta concepción, en *Ojeada histórico crítica de la poesía ecuatoriana*, Juan León Mera, romántico ideológicamente afiliado al conservadurismo, escribe a propósito de un comentario sobre la poetiza Dolores Veintemilla de Galindo:

La mujer buena es el regocijo de la casa: la mujer laboriosa es la fortuna de su familia; la mujer que siendo buena y laboriosa tiene alteza en sus ideas, prudencia en los actos, delicadeza en los sentimientos, es la bendición de Dios, el encanto de su marido y la providencia de sus hijos.³

Mera, al igual que Montalvo, sujeta a la mujer al mundo de lo familiar: su identidad social y acaso natural, esto es, justificada por Dios, es la de ser primero que nada madre y ama de casa. Pero ya que en el argumento de Montalvo la felicidad es imposible sin la virtud y la virtud jamás existe en la ignorancia, las mujeres, para ser virtuosas y educar a futuros hombres virtuosos, deben también ser educadas. Cito *Las Catilnarias*: «...enseñadnos por Dios a leer y escribir, contar y hacer cálculos: dadnos luces (...) Si nada sabemos, en dónde hemos de tomar ejemplares de virtud?».⁴ El conocimiento de la historia, la geografía física y política, las matemáticas, la astronomía, las artes, la literatura, al menos una lengua extranjera, «ésta es la educación que deseamos y pedimos»,⁵ afirma la voz andrógina de Montalvo. Tal parecería que se anhela la igualdad de derechos ilustrados entre los sexos, con un mismo nivel de cultura para mujeres y hombres. Pero entonces la desigualdad se vuelve política.

Cito *Las Catilnarias*:

Nosotras, en verdad, no queremos ser legisladoras, ni presidentas, ni ministros como esa loca de André Leó que en París da conferencias de socialismo-hembra, y pide un sillón en el cuerpo legislativo. No aspiramos siquiera a esas profesiones (...) una buena esposa vale más que un abogado, y una buena madre de familia más que un buen médico.⁶

2. *Op. cit.*, p. 224.

3. En *Ojeada histórico crítica de la poesía ecuatoriana*, p. 258.

4. *Op. cit.*, pp. 226-227.

5. *Ibid.*, p. 226.

6. *Ibid.*, p. 225.

No queremos, repito, ser electoras ni elegibles; diputados, ministros de la Corte Suprema ni otra cosa.⁷

Ilustración femenina sí, pero para educar mejor a los hijos, sentencia la voz femenina de Montalvo. Pero la construcción discursiva de este sujeto femenino, que se somete voluntariamente a la autoridad pública masculina, evidencia quiebres, se desdobra confusamente. «No queremos, repito, ser electoras ni elegibles», escribe Montalvo. Si bien, por un lado, aparece el plural, el colectivo de un «nosotros» femenino que *desea* su exclusión de la vida política; por el otro lado, aparece también la marca, la firma, de un «yo» masculino que dice «repito» y *dice o habla por* lo que las mujeres quieren. En su libro *Entre Civilización y Barbarie*, Francine Masiello ha explicado que las voces híbridas de muchos escritores en el siglo XIX fue un lugar común de enunciación. El mismo Sarmiento, por ejemplo, usó muchas veces una voz híbrida o andrógina para producir en su palabra relaciones de intimidad con sus lectoras.⁸ Se trataba unas veces de estrategias textuales destinadas a encubrir una crítica al régimen, así como por otra parte, de resistir a él. En realidad, ahí donde las mujeres fueron obligadas a limitarse a la esfera de la vida privada, su participación social nunca fue puramente pasiva, sino que usaron política e ideológicamente el espacio de la intimidad, entre otros, para generar su propio decir, sus propios discursos.

El argumento de la ilustración femenina de Montalvo está escrito precisamente sobre la base de que la mujer ilustrada y su participación en la vida pública son ya un hecho y un peligro inminente. La finalidad del discurso de Montalvo, entonces, es más bien reafirmar la función social de las mujeres en la vida doméstica, a la vez que fundar la justificación de su exclusión más allá de los límites sociales establecidos. En el imaginario social del siglo XIX, en efecto, las mujeres, al igual que las poblaciones indígenas, se asimilan a un estado de infancia: necesitan de un tutor racional, pues se les considera seres incapaces de valerse por sí mismas. La mujer «educada», parte integral de la nación-ecuatoriana-en-formación, seguirá siendo considerada, usando el concepto de Ernesto Laclau, una suerte de «afuera constitutivo» del imaginario político-nacional. En otras palabras, la mujer es percibida como aquello que

7. *Ibid.*, p. 225.

8. «An anonymous column headed 'Al oído de las lectoras', ascribed to Sarmiento and Published in *El Progreso*, begins with a common caveat: 'Let no one who is not a female creature set eyes upon these pages... We are going to speak about our own things, because I'd like to have a private conversation with you'. His falsetto voice that titillates by the charade of androgyny as his is the voice of exclusion that establishes intimacies among women» (la cursiva es nuestra). Ver Francine Masiello, *Between civilization and barbarism. Women, nation and literary culture in modern Argentina*, London, University of Nebraska Press, 1992, p. 25.

la nación, en tanto que sistema hegemónico de diferencias, es incapaz de representar al interior de sí misma; pero que entonces necesita postular desde «afuera» para afirmar precisamente su totalidad soberana: la idea del pueblo.

Y ahí donde la historia de Occidente, afirman Montalvo y Mera, muestra el caso de mujeres profesionales, educadas en el exclusivo círculo de las letras, lo que ese ejemplo prueba es la necesidad de complementar tal educación con «aquellas cosas propias de su sexo». Afirma Mera en *Ojeada*:

No negamos que las mujeres aprendan aquellas cosas propias de su sexo y buenas para su condición (...) !Llor a la escritora que hace tortas y a la reina hilandera!⁹

La mujer ilustrada, «escritora», nunca debe exceder la figura patriarcal del escritor letrado, armado política y socialmente por su pluma. De aquí que, la escritura femenina, cuando existe, esta excluida de la vida pública y, sobre todo, sujeta al control y «corrección» del letrado masculino. Valga mencionar, en este sentido, el caso ejemplar de un texto atrayente pero poco estudiado de Mera: *Obras selectas de la célebre monja de Méjico Sor Juana Inés de la Cruz*. En esta obra, Mera literalmente cambia y simplifica «los títulos ampulosos y enfáticos de muchas poesías»; corrige la ortografía que, según él, vicia el sentido de ciertos poemas; altera, suprime y selecciona las producciones de la «insigne religiosa», que ahora, gracias a su intervención, «van exentas de la mala compañía de otras que las oscurecían» y han sido «puestas en el orden conveniente».¹⁰ En otras palabras, Mera tacha y reescribe sobre la escritura de Sor Juana y reimprime, su «buena poesía». La selección de Mera, si bien reconoce como innegable la autoría de Sor Juana, esto es, la existencia de un cuerpo textual producido por una mujer en el siglo XVII; lo que pone en duda es la «autoridad» y la «autorización»¹¹ de esa escritura femenina para colocarse en el sitio de la «buena poesía». En definitiva, esta «autoridad» y «autorización» son patrimonio del letrado masculino y ni siquiera la célebre Sor Juana, décima musa de las letras mexicanas, puede exceder tal mandato.

El papel subordinado de la mujer en el Ecuador de la segunda mitad del siglo XIX se justifica, en definitiva, desde un doble movimiento retórico: por un lado, el discurso romántico de Mera identifica ilustración femenina y labores domésticas, presentando esta relación de manera complementaria y

9. *Ibid.*, p. 257.

10. Juan León Mera, *Obras selectas de la célebre monja de Méjico Sor Juana Inés de la Cruz*, Quito, Imprenta Nacional, 1873, p. LXXXVI.

11. Ver en Mabel Moraña, «Autoría/autoridad/autorización», *Viaje al silencio. Exploraciones del discurso barroco*, México, UNAM, 1998.

natural. Por otro lado, Montalvo desvincula la ilustración femenina de la capacidad o el interés de las mujeres a participar efectivamente en la vida pública. Para Montalvo, la única manera en que las mujeres intervienen en política es llorándole a los hombres para que arreglen sus diferencias. «Llora, mujer, y vencerás... La mujer vence con las lágrimas»,¹² afirma.

Surge entonces una pregunta impostergable: ¿qué sucede cuando la mujer, «exterior constitutivo» de la nación, reconoce la falla de su exclusión? ¿qué sucede con aquellas mujeres que no quieren llorar sino que intervienen activamente en la vida política y usan su ilustración como arma, esto es, asumen un rol público y político? ¿Qué pasa con las mujeres escritoras que como Sor Juana en su *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* deciden cuestionar la autoridad exclusiva del letrado masculino? La voz de Montalvo contesta, ya sin máscara y con toda su violencia, en un texto sintomáticamente titulado: *Métodos e invenciones para quitarles a las mujeres la gana de meterse en lo que no les conviene*:

...metidas en su buen cuero de vaca hasta el pescuezo, por medio de poleas y otras máquinas, eran levantadas y colgadas [las mujeres] en unas vigas que de propósito hizo desnudar de la iglesia más alta de la capital de la República.¹³

En las dos esquinas están emboscadas unas máquinas que parecen cañones: santo cielo, el bruto del viejo (el presidente) no va a dejar vicho con enaguas. Se abren los soldados; largos cuellos como de cisnes infernales se extienden hacia la plaza: fuego...! Que tumulto, gran Dios, qué gritería! (...) Hizo aquel día el presidente una sopa de viejas que no la comiera Arízaga con toda su inmortal apetencia. Maltraídas, aturcidas y descosidas, entraron las revolucionarias a sus casas con las orejas llenas de agua; y como más de veinte de las principales perdieron el oído, ni volvieron jamás a conspirar ni hacer motines.¹⁴

Lo que se esconde detrás del discurso romántico de la virtud y la ilustración femenina al que tanto Montalvo como Mera no dejan de loar, es la violencia de la autoridad pública que se desata cuando las mujeres se niegan a ser buenas esposas y cocineras. Violencia que, por lo demás, parece fundadora del mismo Estado, pues no solo se ejerce sobre las mujeres sino que se extiende sobre el pueblo ignorante en general. Así lo demuestra Mera, afirma Hernán Vidal, en su apoyo ideológico al proyecto de construcción de un Estado

12. *Ibíd.*, p. 63.

13. *Ibíd.*, p. 72.

14. *Ibíd.*, p. 75.

autoritario teocrático en una novela como *Cumandá*;¹⁵ o el propio Montalvo, que en su crítica a la tiranía de García Moreno no deja de compararlo con Julio César o Napoleón, ni de afirmar que prefiere el despotismo del genio al de la ignorancia y el vicio. «La tiranía de la fuerza mil veces antes que la corrupción; el despotismo del genio, no el de los vicios»,¹⁶ afirma en *Las Catilinas*.

Más allá de sus diferencias ideológicas y políticas, Montalvo y Mera defienden una muy cercana política patriarcal y autoritaria del Estado nacional en formación. Así, la irrupción de las mujeres en la vida pública es percibida como un atentado contra el establecimiento del orden ciudadano, causa de la fragmentación familiar conformada por Dios y lo que es más, un riesgo para la misma unificación nacional que depende ella. Tal como ha explicado Vidal, Mera compara a la patria con la familia y sostiene que su unificación se debe fundar en una educación religiosa nacional. «La gloria de esas mujeres es también vuestra, es de vuestras familias, es de la patria»,¹⁷ afirma Mera.

La justificación de la violencia fundadora del Estado, la irrevocable presencia educadora de la doctrina y moral católica como argumento de la misoginia política, o la asimilación de la patria a un cuerpo social familiar fueron, sin duda, algunos de los argumentos esgrimidos por escritores e intelectuales tanto conservadores como liberales para someter a las mujeres a un orden patriarcal y autoritario.

15. Véase en Hernán Vidal, «Cumandá: apología del Estado teocrático», *Revista de crítica literaria latinoamericana*, No. 4, 2o. semestre, 1980, p. 12.

16. *Ibíd.*, p. 151.

17. *Ojeada histórico crítica de la poesía ecuatoriana*, p. 259.

Conclusiones

¿Una conclusión hacia qué? Espero que las páginas anteriores lo hayan sugerido: hacia nuevas preguntas que interroguen *Las Catilnarias* y más allá de ellas, la literatura ecuatoriana del siglo XIX en general. Ser contemporáneos con nuestro tiempo exige también «repensar» las tradiciones patrióticas de nuestro pasado y ello, como ya lo dijera Agustín Cueva de Montalvo, para no hacer de él lo que quisiéramos que hubiera sido.

Las Catilnarias, ha dicho la crítica más tradicional, es una obra dominada por el combate político contra los caudillos que gobernaron el Ecuador a finales del siglo XIX. Hoy, sin embargo, tal afirmación aparece como una repetición de lo obvio, y ha contribuido de forma negativa, además, a justificar la lectura estereotipada de Juan Montalvo como «defensor del pueblo». Al pensar en la *contemporaneidad* de una obra como *Las Catilnarias*, he querido insistir, por el contrario, no solo en los silencios de su lectura tradicional, sino en los silencios del mismo nacionalismo patriótico que lo encumbra como su maestro y estandarte. El mejor homenaje que una crítica objetiva y desapasionada puede hacerle a Montalvo hoy es precisamente entender su obra desde sus prejuicios, esquizofrenias e incongruencias. Y ello, no para *negarlo*, sino para establecer de qué manera fatal Montalvo podría ser considerado todavía nuestro contemporáneo.

A más de un siglo de distancia de *Las Catilnarias*, las ideologías racistas son aún parte predominante del debate político actual; la afirmación de un Estado y sociedad patriarcales, donde la mujer sigue discriminada, continúa alimentando la necesidad de gobernantes fuertes, casi despóticos; y aún, no es difícil hallar discursos sobre el «pueblo», la «nación» o la «libertad» que en sus prácticas sociales efectivas lo que justifican es el enriquecimiento personal, la corrupción política y la misma pobreza del pueblo. Parecería que aún hoy, en el seno de nuestra vida política contemporánea, las aporías y contradicciones que surgen de los intentos de representar al pueblo o combatir la corrupción, lo que terminan afirmando es una nación desigual, racista y elitista.

En su época, *Las Catilnarias* fueron un intento por hacer de la escritura literaria un escenario público de la lucha ideológica y política, en un con-

texto en que el Ecuador empezaba a existir como país y la violencia de las armas dictaba la norma de gobierno.

Para Montalvo la defensa de la «pureza» del español del Siglo de Oro, fue, en este sentido, no solo una arma letrada fundamental contra las tiranías analfabetas y la corrupción social existentes, sino también una forma elitista y racista de imaginar un pueblo que simplemente no existió en aquel entonces. Los indios, los «chagras», los iletrados, las mujeres, representaron un punto ciego en su literatura; un obstáculo a sus privilegios de príncipe de las letras ecuatorianas. Este reconocimiento revela la tragedia de Montalvo como escritor y político: imaginarse a sí mismo como el civilizador de un pueblo que consideraba bárbaro y abyecto, y que al final debía permanecer excluido de su república ideal.

Más allá del ataque de Montalvo a la individualidad de los tiranos, la lucha política de su escritura implica, moviliza, un complejo conjunto de argumentos sobre la lengua, las razas, la tradición cultural, el papel de la religión, el ejército, las leyes, etc., que es necesario esclarecer. En otras palabras, Montalvo asimila o mimetiza la individualidad de los tiranos con un estado de barbarie que es político, social, cultural e inclusive gramatical. En *Las Catilinarias*, los tiranos pueden leerse como un «tropo cultural» de la visión letrada de Montalvo sobre la sociedad y cultura ecuatorianas del siglo XIX.

Aun todavía, mirada desde el presente, *Las Catilinarias* de Montalvo no solo pone en evidencia las paradojas de un discurso político de élite que intenta representar lo popular, sino de manera más radical y en un horizonte discursivo posmoderno, delatan la *imposibilidad* de producir un imaginario patriótico nacional totalizador y universalizante, que no sea a la vez excluyente. No se trata, entonces, de cómo un discurso político puede representar al «pueblo» desde un contenido más totalizador, sino de reconocer el sistema hegemónico de cultura —o literatura, en nuestro caso— que opera sobre dicho concepto y establece así los límites de lo que esa idea del «pueblo» inevitablemente excluye. El fracaso, la negatividad de la escritura de Montalvo en *Las Catilinarias*, señala así, uno de los horizontes necesarios de cuestionamiento del debate político actual.

ANEXOS

Séptima Catilinaria: Discurso sobre la ilustración femenina*

Un día vi entrar a mi aposento a una niña de diez a doce años: Señor don Juan, dijo, estoy nombrada para el certamen: vengo a pedirle un favor. El que tú quieras, mi vida. Deme un discurso, como suyo. Serás servida, chica: desde mañana te vienes a ensayarlo. En tres días lo tenía, no en la memoria solamente, sino también en los ojos, la boca, las manos, el cuerpo: ¡tan aclaradas eran su inteligencia y sus dotes oratorias! Guayaquileña de dos mil demonios, la sal no le podía faltar: Señor don Juan, Señor don Juan, me dijo en vísperas del certamen, ¿no le digo al Mudo cara de caballo,¹ si quiera al fin de mi discurso? ¡Loca! cómo le has de decir eso en un acto público a ese grande hombre. Cuando le veas pasar por debajo de tus balcones, dile cara de puerco, si te gusta. Fué el certamen, y la niña aplaudida que venía abajo la casa, no por la letra, sino por el aire suyo y por sus negros, limpios ojos. El parrafito vedlo aquí:

«Señores: En este tiempo en que las mujeres están empeñadas por la adquisición de todos los derechos sociales y políticos, no será mucho si nosotras reclamamos siquiera el apoyo del gobierno para la mediana educación que acostumbran darnos en las repúblicas hispanoamericanas. El menosprecio o descuido tocante a la cultura del sexo femenino, por la fuerza refluye sobre los hombres, atrasándolos y volviéndolos toscos e ignorantes. Donde las mujeres son instruídas, los varones son sabios; donde ellas son honestas, ellos son pundonorosos; donde ellas son diligentes, ellos son activos y trabajadores: imposible es pilur y cultivar al uno, sin que la otra aproveche las ventajas de la civilización: así es que ahora no nos estamos quejando de privilegios ni desigualdades en que nosotros lleváramos la peor parte; lamenándonos sí de esa bárbara indiferencia de todos por la educación de todos y de este paso tardo y ruin con que nos estamos quedando atrás de las naciones hermanas. Ni fomento, ni estímulo entre nosotros: un colegio es, por lo común, establecimiento que no alcanza la menor consideración, porque ahí está siempre para recibir soldados de tránsito haciendo de cuartel, si es tan dichoso que no lo conviertan en depósito de caballos. Una escuela, por la mayor parte, no está expuesta a servir de cuartel, porque felizmente es tan reducida, que gracias al cielo si pasa de tienda o de triste cuarto en un traspatio. Los Estados Unidos tienen presupuestos de instrucción primaria que juntos suman muchos millones de pesos fuertes: las escuelas de niños son grandes edificios, las de niñas son

* Este significativo fragmento, en que Montalvo adopta una voz femenina para hablar de la ilustración pública entre las mujeres, aparece en *Las Catiliniarias*, al final de su sección séptima. El título que he proveído es solamente referencial.

1. Manera familiar en que Montalvo se refiere al ex presidente Ignacio de Veintemilla.

palacios, todo es correspondiente a esta ilustre ostentación de riqueza y lujos materiales. Así es que los Estados Unidos, con ser que apenas nos llevan cuarenta años de ventaja, son una de las naciones más intruídas y felices de la tierra; son felices porque cumplen con sus deberes sociales y disfrutan de sus derechos en medio de la libertad y de las luces. A esta posición no llegan sino los pueblos que estudian y aprenden; la felicidad es imposible sin las virtudes, y la práctica de las de virtudes es incompatible con la crasa ignorancia. Gobierno a cuyos ojos la escuela sea más que el cuartel, habrá dado en el punto de la dificultad: y si procura que sus obras sean conformes con su dictamen, las bendiciones de los pueblos le comunican alegría en lo presente y le prometen buena fama en lo futuro. No vamos tan adelante en nuestras exigencias, señores, que nos pongamos ahora a reclamar el pleno ejercicio de los derechos políticos, como en mala hora entán haciendo en Francia, Alemania y otras naciones ciertas mujeres de poco juicio; queremos solamente que la incuria de las municipalidades o la ojeriza de los gobiernos incultos no nos priven de los medios de intruímos cual conviene a la vida modesta de que llevamos en nuestros pueblos. Nosotras, en verdad, no queremos ser legisladoras, ni presidentas, ni ministros como esa loca de André Leo² que en París da conferencias de socialismo-hembra, y pide un sillón en el Cuerpo legislativo. No aspiramos siquiera a esa profesiones que, sin ser incompatibles con nuestras facultades intelectuales, no parecen con todo, cuadrar a nuestro sexo: una buena esposa vale más que un buen abogado, y una buena madre de familia más que un buen médico. Hay actualmente en la Unión Americana señoras recibidas de médicos, juristas, agrimensores: en la universidad de Ohio, una señorita da con lucimiento lecciones de humanidades y crítica literaria: digo más, mujer hay que ha recibido las órdenes sacerdotales, y dice su buena misa o hace los oficios de su secta en un templo presbiteriano: testigo Olimpia Brown. Verdad es que el sacerdocio, en tiempos antiguos, estuvo en manos de las mujeres lo mismo que en las de los hombres: esas intérpretes entusiastas de la voluntad de los dioses, esas transmisoras inspiradas de sus órdenes en los templos de Delfos y Dodona daban la ley al mundo, eran sacerdotisas de Júpiter y Apolo. La sibila que presentó al rey de Roma los libros de la sabiduría eterna, sacerdotisa fué. Las vestales, esas puras vírgenes que guardaban el fuego sagrado, sacerdotisas. Pero como los dioses se fueron, fuéronse igualmente las costumbres paganas: hoy la mujer es sacerdotisa del hogar: para el altar, el hombre. Dicen que una buena señora llamada Juana ha ocupado la silla de San Pedro: los que combaten la jerarquía eclesiástica, y esa, digamos, santa genealogía o hilo celeste del papado, le designan con el nombre de la papisa Juana. Los canonistas combaten como invención sin fundamento ese alto sacerdocio femenino, y los católicos de buena ley no lo admiten como histórico. Nosotras no pensamos que algo pierdan esas mujeres con que esa doña Juana no hubiese realmente ceñido sus ciénes con la tiara pontificia: el honesto embozo de la anciana que lleva sus pasos a la iglesia; alumbrado el corazón con el fulgor de las virtudes, es más respetable que lo fuera una mujer en el trono de Hildebrando, ensoberbecida quizá con la grandeza de la Sede romana.

2. Famosa escritora e intelectual socialista. Léo (1824-1900) defendió la posibilidad de reconciliar a la burguesía con los trabajadores; parte de su obra cuestiona la opresión de las mujeres como inseparable de la explotación del capitalismo.

No queremos, repito, ser electoras ni elegibles; diputados, ministros de la Corte Suprema ni otra cosa; mas enseñadnos pro Dios a leer y escribir, contar y hacer cálculos: dadnos luces respecto de esta gran máquina del universo, qué cosa son los astros, de dónde nace la luz y lo que es el mundo mismo en que habitamos. La historia, señores, la historia es la enseñanza del porvenir: ignorar los tiempos pasados es no ser aptos para los venideros: hacednos saber algo respecto del género humano, las razas, las naciones; cómo han vivido, lo que han pensado y lo que han hecho. Si nada sabemos, ¿en dónde hemos de tomar ejemplares de virtud? Hubo en los tiempos santos una mujer llamada Rebeca: si todas la conociéramos, todas la amáramos, y en amándola, ¿cuándo para ser malas? Hubo otra llamada Ester: Ester, la inocencia, la pureza misma; su tío Mardoqueo la instruye; habla ella, y tiembla Amán; habla y salva a su nación, porque Asuero ve la verdad en ella. Si Ester fuera nuestro paradigma, ¿hubiera una que no fuese santa? ¿hubiera una que no salvase a su nación con las virtudes?

Un poco de historia; nociones de geografía física y política, conocimiento, siquiera en globo, de esa parte de las humanidades que hoy llaman literatura; tal cual arte femenina, como el dibujo, la música; una lengua extranjera, por lo menos; grande apego al hogar, y mucho amor a la sabiduría doméstica, imprimido o reforzado por la enseñanza, ésta es la educación que deseamos y pedimos».

Métodos e invenciones para quitarles a las mujeres la gana de meterse en lo que no les conviene*

Dejo a la consideración de liberales y conservadores si las guatemaltecas se habrán estado sentaditas en sus casas, cuando don Rufino, blandiendo la lanza de Alvarado, estaba a echar fuera toda clase de frailes y frailejones! Ahí es un grano de anís lo que hicieron las bellacas en esos para ellas negros días de regeneración. Si le cogen al escribano por el gazzate, no le dejan ni la campanilla. ¡Y digo si las viejas habrán tenido gana de comérselo con perejil y hierbabuena! El honrado tabelión, que como queda dicho no necesitaba de anteojos, se aparejó una cara de Rodomonte, con la cual y con sus cholos de gorra ponía tal espanto en ellas, que si no morían de aborto, no faltaban tres o cuatrocientas Dulcíneas que se desmayasen por día. Y no se crea que don Rufino les metiese la lanza ni las atropellase con la caballería; no señor. Mandó hacer el muy bribón unos como zurroneos de tarabita, en los cuales las mujeres holgasen como en silla de resortes; y así metidas en su buen cuero de vaca hasta el pescuezo, por medio de poleas y otras máquinas, eran levantadas y colgadas en unas vigas que de propósito hizo desnudar de la iglesia más alta de la capital de la República. Por lo demás, no se faltaba con ellas un punto a la galantería: los sayones tenían orden hasta de tenderles el ala desde abajo, y hacerles la rueda, sin llegar, se entiende, a tocarlas con el pico. Don Rufino, como hombre imparcial, daba a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. Las doncellas pudorosas, en las cuales pasada la cólera y llegado el miedo todo era vergüenza y fermosura, todo lágrimas y ruegos, no eran izadas sino hasta que la punta del pie quedase a toca no toca, esto es, besando el pavimento. Las fehuelas y no tan católicas de edad, subían ya sus ocho varas. Las maduras culpen a sus cuarenta si las colgaban a quince metros sobre tierra. En cuanto a las viejas, subían como plumas hasta parecer campanas rotas o lechuzas disecadas en la torre. No se regía el escribano por el grado de culpabilidad, sino por los años y la cara de las delincuentes. Por donde se puede ver que hasta para echar una piedra en la calle, o plantarle a un hereje un bofetón, importa no ser como la princesa que entró en busca del arriero en la venta de Juan Palomeque. Si mal no me acuerdo, ésta se llamaba Mari-tornes; y si me acuerdo bien, la primer vez que la cogieron con las manos en la masa la dejaron santa y buena y beata pera veinticuatro horas no cumplidas. Don Quijote se propuso una ocasión dilucidar el punto de si comían o no los encantados: yo quisiera saber ahora si comían y bebían las colgadas. Parece que no; y que cuando el escribano les remitía el resto de la pena, bajaban las pobrecitas como vela de muerto, amari-

* *El Regenerador*, Biblioteca de Grandes Autores Americanos, tomo II, París, Casa Editorial Garnier Hermanos, pp. 71-76.

llas, apagadizas, tristes y desmayadas; de suerte que en llegando a sus casas, ¡Dios sabe si andarían melindrosas! Todo le perdono al pícaro notario, menos esta manera de tratar al sexo hermoso. No supo sin duda el ignorante, que las penas con pan son menos, y que el estómago es la fragua de la vida.

Dicen que hoy el general Barrios disfruta, no de la estima solamente, sino también del cariño de las guatemaltecas. Les ha hecho ver el don Rufino que no es imposible vivir sin jesuitas; y les ha probado *luce meridiana clariore*, que si él las colgó en las vigas de la iglesia en otro tiempo, hoy las colgaría en la punta de su alma con hilo de oro torcido por los dioses.

Otro tiranuelo mujeril, no sé si más atento o menos delicado que el de Guatemala, no sabía qué hacerse con los alzamientos de las mujeres, las baraúndas y pelametas que andaban formando tarde y mañana, respecto a que el gobierno hacía contra los frailes, ya que los herejes estaban bien comidos, ya que los rojos iban poniéndose amarillos a fuerza del oro que robaban, etc., etc. Cansado de esta matraca, el presidente convocó un día el consejo de ministros. El del interior opinó porque se las encerrase a todas en el lazareto y se prendiese fuego al edificio. El de relaciones exteriores propuso incluirlas en una nota diplomática, y poner el sobrescrito para el señor Bismarck. El de hacienda dijo que se las contente y satisfaga con una contribucioncilla de trescientos mil duros, fuertes u ojos de buey. El de guerra sostuvo que se las debía pasar por las armas. El de marina fué de parecer que se las embarcase en una flota de piraguas y se las soltase en el cabo de Hornos, y cuando menos en el estrecho de Magallanes. El de cultos manifestó que nada cumplía sino obligarlas a volverse protestantes. El de fomento... no se atrevió a exponer su dictamen. El presidente era un viejote cuya barba, principiando en los ojos, en la gran pelvis no paraba todavía. A cuanto raciocinio, discurso o argumentación iban haciendo sus ministros, él estaba contestando: «Hum... hum», y nada más. Disuelto el consejo sin resolución ninguna, el presidente dió sus órdenes secretas para ese mismo día, como que más de tres mil quinientas mujeres estaban ya reunidas en la plaza pidiendo la cabeza de S. E., sus secretarios, los jefes y oficiales del ejército; la cabeza de todos los masones en una palabra. Napoleón III anduvo tonto por demás el 2 de diciembre: disparó sobre el pueblo, y degolló cinco mil hombres y otras tantas mujeres. ¿Qué va a hacer, Dios misericordioso, el viejo de la barba longa? ¿va a soltar sobre las insurrectas un escuadrón de lanceros de la muerte? ¿va a entregarlas a Monsieur Chassepot, a Mister Remington? En las dos esquinas están emboscadas unas máquinas que parecen cañones: santo cielo, el bruto del viejo no va a dejar bicho con enaguas. Se abren los soldados; largos cuellos como de cisnes infernales se extienden hacia la plaza; fuego... ¡Qué tumulto, gran Dios, qué gritería! ¡qué tropezar y caerse, qué dejar mantillas y zapatos, qué pedir misericordia! Eran, señor, media docena de bombas de incendio tales, cuales nunca las vió Chicago, Hizo aquel día el presidente una sopa de viejas, que no la comiera Arrizaga con toda su inmortal apetenencia. Maltraídas, aturdidas y descosidas, entraron las revolucionarias a sus casas con las orejas llenas de agua; y como más de veinte de las principales perdieron el oído, ni más volvieron a conspirar ni hacer motines.

Don Mariano Ignacio Prado, presidente del Perú, fué más ingenioso en una apurada coyuntura. Sobre que al padre Masía le habían cogido en Arequipa, y sobre que al padre Gual le había puesto mala cara el ministro, y sobre que al padre Panza le

habían quitado la albarda diciendo que no era jaez de caballo, tienen ustedes como dos mil señoras, flor y nata de limeñas, encaminándose al palacio presidencial a presentar *el ultimátum*. Dios sabe si padeció el excelente magistrado para hacerse oír y escuchar: a un tiempo hablaban todas, todas pedían algo, todas amenazaban. A fuerza de señas y de gestos, consiguió el pobre general imponer silencio a la turba femenina. «Señoras, dijo entonces, el gobierno está dispuesto a acceder a vuestras solicitudes, como sean razonables. Expóngalas en buen orden la mayor de todas».

Ninguna toma la palabra.

«He dicho que hable la persona de más edad».

Ni chus ni mus en ese mar de gente.

«¡Señoras! es preciso que hable la más vieja de ustedes».

En el limbo no se oirá silencio más profundo.

En esto habían desfilado ya más de mil ochocientas, como quien no dice nada: las restantes se fueron en seguida, sin despedirse del menor don Mariano del mundo. Desde entonces las limeñas, por no parecer viejas, están aguantando calladitas las providencias del gobierno contra los frailes subversivos.

¡AGUR!

El día que vos nacisteis
Fadas negras vos fadaron,

dice el arcipreste de Hista. Mis faldas fueron blancas: no dudo de que estoy bien fadado. Soy el único de los liberales a quien el año climatérico de la política no ha traído bofetón de mujer, rasguño, patada, escobazo; alpargatazo de beata, salivazo de bella dama, ferida ni muerte de ninguna clase. Si ce caen las iglesias, si envenenan a los canónigos, si vuela en pedazos el Pichincha, será cuando yo me vaya. ¡Agur!

Bibliografía

- Agoglia, Rodolfo. «Estudio introductorio y selección», en *Pensamiento romántico ecuatoriano*, vol. 5, Quito, Banco Central del Ecuador / Corporación Editora Nacional, 1980.
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Aron, Raymond. «Charles-Louis de Secondat. Barón de Montesquieu», en *Las etapas del pensamiento sociológico*, Buenos Aires, Siglo XX, 1970.
- Ayala Mora, Enrique. *Resumen de historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1995.
- Bajtín, Mijaíl. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Barcelona, Barral Editores, 1971.
- Banco Central del Ecuador, *Homenaje a Montalvo en el XCV aniversario de su nacimiento 13 de abril de 1927*, Quito, Colección de revistas ecuatorianas, No. IX, 1984.
- Borges, Jorge Luis. «Pierre Menard, autor del Quijote», en *Obras completas 1923-1949*, Buenos Aires, Emecé, 1989.
- Cassirer, Ernst. *Filosofía de la ilustración*, Santafé de Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Cueva, Agustín. *Entre la ira y la esperanza (ensayos sobre la cultura nacional)*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1967.
- Darío, Rubén. *Poesía*, Venezuela, Biblioteca Ayacucho, 1977.
- Deas, Malcolm. *Del poder y la gramática. Y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombiana*, Bogotá, Tercer Mundo, 1993.
- Demélas, Marie-Danielle e Yves Saint-Geours. *Jerusalén y Babilonia. Religión y política en el Ecuador 1780-1880*, Quito, IFEA / CEN, 1988.
- Eco, Umberto. «El lector modelo», en *Lector in fabula: la cooperación interpretativa en el texto narrativo*, España, Lumen, 1979.
- — — *Apostillas al nombre de la rosa*.
- Elías, Norbert. *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Escala, Víctor H. *Belleza de la lengua castellana y don Juan Montalvo*, Panamá, Estrella de Panamá, 1942.
- Foucault, Michel. «El sujeto y el poder», en *Revista mexicana de sociología*, México, L, 3, 1988.
- González Stephan, Beatriz, y otros (edits.), *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*, Caracas, Monte Ávila, 1994.

- Grijalva, Juan Carlos. «El pensamiento», en *Enciclopedia del Ecuador*, Barcelona, MM Océano Editorial S.A., 2000, pp. 635-660.
- — — «El imaginario étnico de las tiranías en *Las Catilinarías* de Juan Montalvo», en *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, No. 17, II semestre 2001, pp. 79-93.
- Kant, Emmanuel. «¿Qué es la ilustración?», en *Filosofía de la historia*, Santafé de Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Masiello, Francine. *Between civilization and barbarism. Women, nation and literary culture in modern Argentina*, London, University of Nebraska Press, 1992.
- Mera, Juan León. *Obras selectas de la célebre monja de Méjico Sor Juana Inés de la Cruz*, Quito, Imprenta Nacional, 1873.
- — — *Ojeada histórico crítica de la poesía ecuatoriana*, tomo I, vol. 23, Guayaquil, Ariel.
- Montalvo, Juan. *El Cosmopolita*, tomo 2, Garnier Hermanos, París, 1927.
- — — *El Regenerador*, 2 tomos, París, Garnier Hermanos, 1929.
- — — *Obras escogidas*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1948.
- — — *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. Ensayo de imitación de un libro inimitable*, Puebla, Cajica, 1965.
- — — *Los Siete Tratados*, tomo I, Ambato, Casa de Montalvo, 1970.
- — — *Las Catilinarías y otros textos*, Venezuela, Biblioteca Ayacucho, No. 22, 1977.
- — — *Las Catilinarías*, Quito, Libresa, Antares, No. 25, 1990.
- — — *Las Catilinarías*, Quito, Clásicos Ariel, No. 65, 1990.
- — — *Epistolario de Juan Montalvo*, Ambato, Casa de Montalvo, 1995.
- — — *Mercurial Eclesiástica*, Ambato, Minerva, 230 pp.
- Moraña, Mabel. «Autoría/autoridad/autorización», en *Viaje al silencio. Exploraciones del discurso barroco*, México, UNAM, 1998.
- Oszlak, Oscar. *Formación histórica del Estado en América Latina: elementos teórico-metodológicos para su estudio*, 2a. ed., Buenos Aires, Estudios Cedes, vol. 1, No. 3, 1978.
- Paladines, Carlos. *Aporte de Juan Montalvo al pensamiento liberal*, Quito, Fundación Friedrich Naumann, 1988.
- Pérez, Galo René. *Un escritor entre la gloria y las borrascas. Vida de Juan Montalvo*. Biblioteca de la Revista Cultura, VI, Quito, Banco Central del Ecuador, 1990.
- Ramón, Galo. «Estado plurinacional en el Ecuador», en *Pueblos indios, Estado y Derecho*, Quito, CEN / ILDIS, 1991.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Rodó, José Enrique. *Hombres de América: Bolívar, Montalvo, Darío*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1972.
- Roig, Arturo Andrés. *Esquemas para una historia de la filosofía ecuatoriana*, Quito, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, 1977.
- — — *El pensamiento social de Juan Montalvo: sus lecciones al pueblo*, 1a. ed., Quito, Tercer Mundo, 1984.
- — — «El lenguaje como instrumento de dominación cultural», inédito, 1991.

- — — *El pensamiento social de Juan Montalvo*, 2a. ed., Quito, Universidad Andina Simón Bolívar / Corporación Editora Nacional, 1995.
- Sacoto Salamea, Antonio. *Juan Montalvo: el escritor y el estilista*, Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1987.
- Said, Edward. «Reflexions on exile», en Russell Ferguson (edit.), *Discourses: Conversations in postmodern art and culture*, Cambridge Mass., Mitt Press, 1990.
- Sánchez, Luis Alberto. *Escritores representativos de América*, 3a. ed., Madrid, Gre-dos, 1971.
- Schulman, Iván A. «Modernismo/modernidad: metamorfosis de un concepto», en Iván Schulman (edit.), *Nuevos asedios al modernismo*, Madrid, Taurus, 1987.
- Segovia, Tomás. *Poética y profética*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Silva, Érika. *Los mitos de la ecuatorianidad*, 2a. ed., Quito, Abya-Yala, 1995.
- Sommer, Doris. *Fundational Fictions. The national romances of Latin America*, Berkeley, University of California Press, 1991.
- Ureña, Pedro Henríquez. *Las corrientes literarias en la América hispánica*, Santafé de Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Valdano, Juan. *Léxico y símbolo en Juan Montalvo. Las Catilinarias*, Otavalo, Gallo-capitán, Colección Pendoneros, No. 42, 1981.
- Vidal, Hernán. «Cumandá: apología del Estado teocrático», en *Revista de crítica literaria latinoamericana*, No. 4, 2o. semestre, 1980, p. 12.
- Zaldumbide, Gonzalo. *Cuatro clásicos americanos*, Madrid, Cultura Hispánica, 1951.

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

La Universidad Andina Simón Bolívar es una institución académica internacional autónoma. Se dedica a la enseñanza superior, la investigación y la prestación de servicios, especialmente para la transmisión de conocimientos científicos y tecnológicos. La universidad es un centro académico destinado a fomentar el espíritu de integración dentro de la Comunidad Andina, y a promover las relaciones y la cooperación con otros países de América Latina y el mundo.

Los objetivos fundamentales de la institución son: coadyuvar al proceso de integración andina desde la perspectiva científica, académica y cultural; contribuir a la capacitación científica, técnica y profesional de recursos humanos en los países andinos; fomentar y difundir los valores culturales que expresen los ideales y las tradiciones nacionales y andinas de los pueblos de la subregión; y, prestar servicios a las universidades, instituciones, gobiernos, unidades productivas y comunidad andina en general, a través de la transferencia de conocimientos científicos, tecnológicos y culturales.

La universidad fue creada por el Parlamento Andino en 1985. Es un organismo del Sistema Andino de Integración. Tiene su Sede Central en Sucre, Bolivia, sedes nacionales en Quito y Caracas, y oficinas en La Paz y Bogotá.

La Universidad Andina Simón Bolívar se estableció en Ecuador en 1992. Ese año suscribió con el gobierno de la república el convenio de sede en que se reconoce su estatus de organismo académico internacional. También suscribió un convenio de cooperación con el Ministerio de Educación. En 1997, mediante ley, el Congreso incorporó plenamente a la universidad al sistema de educación superior del Ecuador, lo que fue ratificado por la Constitución vigente desde 1998.

La Sede Ecuador realiza actividades, con alcance nacional y proyección internacional a la Comunidad Andina, América Latina y otros ámbitos del mundo, en el marco de áreas y programas de Letras, Estudios Culturales, Comunicación, Derecho, Relaciones Internacionales, Integración y Comercio, Estudios Latinoamericanos, Historia, Estudios sobre Democracia, Educación, Salud y Medicinas Tradicionales, Medio Ambiente, Derechos Humanos, Gestión Pública, Dirección de Empresas, Economía y Finanzas, Estudios Interculturales, Indígenas y Afroecuatorianos.

Universidad Andina Simón Bolívar

Serie Magíster

- 1 Mónica Mancero Acosta, ECUADOR Y LA INTEGRACIÓN ANDINA, 1989-1995: el rol del Estado en la integración entre países en desarrollo
- 2 Alicia Ortega, LA CIUDAD Y SUS BIBLIOTECAS: el graffiti quiteño y la crónica costeña
- 3 Ximena Endara Osejo, MODERNIZACIÓN DEL ESTADO Y REFORMA JURÍDICA, ECUADOR 1992-1996
- 4 Carolina Ortiz Fernández, LA LETRA Y LOS CUERPOS SUBYUGADOS: heterogeneidad, colonialidad y subalternidad en cuatro novelas latinoamericanas
- 5 César Montaña Galarza, EL ECUADOR Y LOS PROBLEMAS DE LA DOBLE IMPOSICIÓN INTERNACIONAL
- 6 María Augusta Vintimilla, EL TIEMPO, LA MUERTE, LA MEMORIA: la poética de Efraín Jara Idrovo
- 7 Consuelo Bowen Manzur, LA PROPIEDAD INDUSTRIAL Y EL COMPONENTE INTANGIBLE DE LA BIODIVERSIDAD
- 8 Alexandra Astudillo Figueroa, NUEVAS APROXIMACIONES AL CUENTO ECUATORIANO DE LOS ÚLTIMOS 25 AÑOS
- 9 Rolando Marín Ibáñez, LA «UNIÓN SUDAMERICANA»: alternativa de integración regional en el contexto de la globalización
- 10 María del Carmen Porras, APROXIMACIÓN A LA INTELECTUALIDAD LATINOAMERICANA: el caso de Ecuador y Venezuela
- 11 Armando Muyulema Calle, LA QUEMA DE ÑUCANCHIC HUASI (1994): los rostros discursivos del conflicto social en Cañar
- 12 Sofía Paredes, TRAVESÍA DE LO POPULAR EN LA CRÍTICA LITERARIA ECUATORIANA
- 13 Isabel Cristina Bermúdez, IMÁGENES Y REPRESENTACIONES DE LA MUJER EN LA GOBERNACIÓN DE POPAYÁN
- 14 Pablo Núñez Endara, RELACIONES INTERNACIONALES DEL ECUADOR EN LA FUNDACIÓN DE LA REPÚBLICA
- 15 Gabriela Muñoz Vélez, REGULACIONES AMBIENTALES, RECONVERSIÓN PRODUCTIVA Y EL SECTOR EXPORTADOR

- 16 Catalina León Pesántez, HISPANOAMÉRICA Y SUS PARADOJAS EN EL IDEARIO FILOSÓFICO DE JUAN LEÓN MERA
- 17 René Lauer, LAS POLÍTICAS SOCIALES EN LA INTEGRACIÓN REGIONAL: estudio comparado de la Unión Europea y la Comunidad Andina de Naciones
- 18 Florencia Campana Altuna, ESCRITURA Y PERIODISMO DE LAS MUJERES EN LOS ALBORES DEL SIGLO XX
- 19 Alex Aillón Valverde, PARA LEER AL PATO DONALD DESDE LA DIFERENCIA: comunicación, desarrollo y control cultural
- 20 Marco Navas Alvear, DERECHOS FUNDAMENTALES DE LA COMUNICACIÓN: una visión ciudadana
- 21 Martha Dubravcic Alaiza, COMUNICACIÓN POPULAR: del paradigma de la dominación al de las mediaciones sociales y culturales
- 22 Lucía Herrera Montero, LA CIUDAD DEL MIGRANTE: la representación de Quito en relatos de migrantes indígenas
- 23 Rafael Polo Bonilla, LOS INTELECTUALES Y LA NARRATIVA MESTIZA EN EL ECUADOR
- 24 Sergio Miguel Huarcaya, NO OS EMBRIAGUÉIS...: borrachera, identidad y conversión evangélica en Cacha, Ecuador
- 25 Ángel María Casas Gragea, EL MODELO REGIONAL ANDINO: enfoque de economía política internacional
- 26 Silvia Rey Madrid, LA CONSTRUCCIÓN DE LA NOTICIA: corrupción y piponazgo
- 27 Xavier Gómez Velasco, PATENTES DE INVENCIÓN Y DERECHO DE LA COMPETENCIA ECONÓMICA
- 28 Gabriela Córdova, ANATOMÍA DE LOS GOLPES DE ESTADO: la prensa en la caída de Mahuad y Bucaram
- 29 Zulma Sacca, EVA PERÓN, DE FIGURA POLÍTICA A HEROÍNA DE NOVELA
- 30 Fernando Checa Montúfar, EL EXTRA: LAS MARCAS DE LA INFAMIA: aproximaciones a la prensa sensacionalista
- 31 Santiago Guerrón Ayala, FLEXIBILIDAD LABORAL EN EL ECUADOR
- 32 Alba Goycochea Rodríguez, LOS IMAGINARIOS MIGRATORIOS: el caso ecuatoriano
- 33 Tatiana Hidrovo Quiñónez, EVANGELIZACIÓN Y RELIGIOSIDAD INDÍGENA EN PUERTO VIEJO EN LA COLONIA
- 34 Ramiro Polanco Contreras, COMERCIO BILATERAL ECUADOR-COLOMBIA: efectos del conflicto

- 35 Anacélda Burbano Játiva, MÁS AUTONOMÍA, MÁS DEMOCRACIA
- 36 Ángela Elena Palacios, EL MAL EN LA NARRATIVA ECUATORIANA MODERNA: Pablo Palacio y la generación de los 30
- 37 Raúl Useche Rodríguez, EDUCACIÓN INDÍGENA Y PROYECTO CIVILIZATORIO EN ECUADOR
- 38 Carlos Bonfim, HUMOR Y CRÓNICA URBANA: ciudades vividas, ciudades imaginadas
- 39 Patricio Vallejo Aristizábal, TEATRO Y VIDA COTIDIANA
- 40 Sebastián Granda Merchán, TEXTOS ESCOLARES E INTERCULTURALIDAD EN ECUADOR
- 41 Milena Almeida Mariño, MONSTRUOS CONSTRUIDOS POR LOS MEDIOS: Juan F. Hermosa, el «Niño del terror»
- 42 Lourdes Endara Tomaselli, «¡AY, PATRIA MÍA!»: la nación ecuatoriana en el discurso de la prensa
- 43 Roberto Corrales, JUSTICIA CONSTITUCIONAL EN BOLIVIA: hacia el fortalecimiento del régimen democrático
- 44 Marco Albán Zambonino, PROBLEMAS DEL DERECHO TRIBUTARIO FRENTE AL COMERCIO ELECTRÓNICO
- 45 Santiago Basabe Serrano, RESPONSABILIDAD PENAL DE LAS PERSONAS JURÍDICAS DESDE LA TEORÍA DE SISTEMAS
- 46 Bayardo Tobar, EL INGRESO DEL ECUADOR A LA OMC: simulacro de negociación
- 47 Rosana Morales, LA PRESCRIPCIÓN TRIBUTARIA: estudio comparativo Ecuador - países andinos
- 48 María Luisa Perugachi, OPTIMIZACIÓN DE PROCESOS: la concesión de radiofrecuencias en el Ecuador
- 49 Manuel Espinosa Apolo, MESTIZAJE, CHOLIFICACIÓN Y BLANQUEAMIENTO EN QUITO: primera mitad del siglo XX
- 50 Iván Rodrigo Mendizábal, MÁQUINAS DE PENSAR: videojuegos, representaciones y simulaciones de poder
- 51 Patricio Guerrero Arias, USURPACIÓN SIMBÓLICA, IDENTIDAD Y PODER: la fiesta como escenario de lucha de sentidos
- 52 Santiago García Álvarez, COMERCIO E INTEGRACIÓN EN EL ALCA: oportunidades para un acuerdo más equitativo
- 53 Jed Schlosberg, LA CRÍTICA POSOCCIDENTAL Y LA MODERNIDAD
- 54 Juan Carlos Grijalva, MONTALVO: CIVILIZADOR DE LOS BÁRBAROS ECUATORIANOS. Una relectura de *Las Catilinarias*

Obra de finalidad combativa, *Las Catilinarias* agrupa una docena de pasquines políticos escritos contra las tiranías militares de la segunda mitad del siglo XIX en el Ecuador. Pero, *Las Catilinarias* es algo más que un libro de insultos sangrantes y virulentos. Montalvo se personifica aquí como el civilizador del pueblo e identifica a las tiranías con un estado de barbarie que no es sólo político, sino social, cultural e inclusive, gramatical.

El presente trabajo propone leer a Montalvo desde su negatividad, desde el proyecto paradójico e imposible que arroja su obra y que es a la vez, de una manera sintomática, lo que todavía le queda a la cultura e identidad nacional ecuatoriana como rémora del pasado, como imaginario nacional todavía excluyente y elitista.



Juan Carlos Grijalva (Quito, 1968) ha realizado estudios superiores en Ecuador, México y Estados Unidos en las áreas de filosofía, estudios culturales y literatura latinoamericana. Obtuvo su título de magíster en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, en 1997, y un doctorado en literaturas hispánicas en la Universidad de Pittsburgh en 2004. Actualmente trabaja como profesor asistente de literatura latinoamericana en Assumption College (Worcester, Massachusetts) en Estados Unidos.

Uno de sus focos de interés es el estudio de imaginarios sociales vinculados a la construcción de los nacionalismos y la representación de la heterogeneidad cultural en la literatura latinoamericana de los siglos XIX y XX.